



✦—✦

# Mujeres que cuentan



Relatos ganadores y finalistas  
I, II y III Premio de Relato  
para mujeres cumpliendo  
penas privativas de libertad



“La literatura no encaja bien con la alegría, ni con las vidas felices: incluso quien escribe comedia debe estar familiarizado con el lado oscuro de la vida, con sus aristas y sus espinas. Quien carece de preocupaciones no suele buscar respuestas a sus preguntas en la lectura, y menos aún en la escritura.

Al contrario, escribir es una manera de que las penas y los malos momentos se aligeren y cobren algún sentido. Muchos grandes escritores crearon sus obras cuando estaban presos o recién salidos de sus condenas. Lo que nos enseñaron fue más valioso precisamente porque habían experimentado una de las situaciones más complicadas que un ser humano puede vivir: la privación de libertad.

Leo estos relatos y pienso en eso, en cuánta fuerza y dolor y energía conservan quienes los han escrito. Creo, siempre lo he hecho, que la literatura aligera todos los pesos. Y en estos relatos en los que me habéis permitido conocerlos mejor me refuerzo en esa idea.

Continuad escribiendo: alguien, en algún lugar, lo está esperando.”

**Espido Freire**

“Muy emocionante. Así puedo resumir lo que ha sido para mí la lectura de estos relatos. Por dos razones fundamentales: la elevada calidad literaria de muchos de ellos, tras los cuales se esconden sin duda verdaderas escritoras de las buenas. Pero también por su contenido. Las personas tendemos a hablar en nuestros textos de nuestra propia vida, de todo aquello que nos inquieta, agobia o ilusiona. Estas mujeres que viven encerradas por errores a veces inevitables han escrito sobre su propia condición, sobre la tragedia de sus vidas, sobre el dolor que las ha llevado hasta ahí. Y también, de una manera conmovedora, sobre el consuelo que buscan desesperadamente en medio de su encierro. Cada una de ellas merece todos los premios posibles. ¡Enhorabuena, compañeras!”

**Ángeles Caso**

## **MUJERES QUE CUENTAN**

Relatos ganadores y finalistas  
I, II y III Premio de Relato  
para mujeres cumpliendo  
penas privativas de libertad.

Edición: Junio de 2023

© De los autores

Autor de la pintura de portada: José Luis M. Vidales

Fundación Fomento Hispania

Palacio del Cordón. Plaza del Cordón 1, bj izq

28005 Madrid

Tel. +34 91 541 93 64

[www.fundacionfomentohispania.org](http://www.fundacionfomentohispania.org)

[info@fundacionfomentohispania.org](mailto:info@fundacionfomentohispania.org)

ISBN: 978-84-09-49713-3

Depósito Legal Número: M-9026-2023

Diseño y maquetación: 3ddb

Impreso en Coyve Artes Gráficas

## INDICE

Presentación

Carta de Lourdes Gil

### **Relatos ganadores y finalistas 2022**

#### **Cartas del jurado a las participantes**

##### **PRIMER PREMIO**

Sueños de esperanza

*De Elizabeth G.S.*

##### **SEGUNDO PREMIO**

El milagro de la vida

*De Davinia M.G.*

##### **TERCER PREMIO**

Princesa guerrera

*De Judith H.D.*

##### **FINALISTA**

El tiempo

*De Aránzazu G.C.*

##### **FINALISTA**

Ím aspíe

*De Melania A.P.*

##### **FINALISTA**

La buena educación

*De Pilar S.M.*

##### **FINALISTA**

Su último día

*De María José A.*

##### **FINALISTA**

Cuentas pendientes

*De Milagros G.R.*

**FINALISTA**

Burbujas

*De Patrizia F.*

**FINALISTA**

La pérdida más dolorosa

*De Alicia P.M.*

**Relatos ganadores y finalistas 2021**

**Cartas del jurado a las participantes**

**PRIMER PREMIO**

En dos minutos

*De M<sup>a</sup> Luisa L.V.*

**SEGUNDO PREMIO**

Mi vida ahora

*De Susana María F.M.*

**TERCER PREMIO**

A veces el amor mata

*De M<sup>a</sup> Jesús V.M.*

**FINALISTA**

Olvidar es más fuerte que recordar

*De Beatriz G.C.*

**FINALISTA**

EL CAMINO

*De Pilar Rocío E.Y.*

**FINALISTA**

Juguete roto

*De Montserrat S.C.*

**FINALISTA**

Mi lado oscuro

*De Rosalba S.*

**FINALISTA**

Lágrimas encadenadas  
*De Ivonne V.P.*

**FINALISTA**

La Guerrera sin escudo  
*De Sonia A.D.*

**FINALISTA**

Carta a un niño que nunca nació  
*De Patricia S.N.*

**Relatos ganadores y finalistas 2020**

**Cartas del jura a las participantes**

**PRIMER PREMIO**

Almas  
*De Noelia C.M.*

**SEGUNDO PREMIO**

No quiero contar números  
*De Ainhoa M.G.*

**TERCER PREMIO**

Risas y lágrimas con azúcar  
*De Margarita M.P.*

**FINALISTA**

Carretera de Ayora  
*De Fabiola G.C.*

**FINALISTA**

Repite conmigo  
*De M<sup>a</sup> Ángeles S.C.*

**FINALISTA**

A los queridos abuelos  
*De Vanesa Yanet R.A.*

**FINALISTA**

Todas las mujeres cuentan

*De Pilar Rocío E.Y.*

**FINALISTA**

No somos cosas

*De Támara Rosa L.*

**FINALISTA**

Una historia por contar

*De Mónica G.M.*

**FINALISTA**

Impotencia

*De M<sup>a</sup> Luisa L.V.*



## PRESENTACIÓN

Presentamos el libro *Mujeres que Cuentan*, que recoge los relatos ganadores y finalistas de las tres primeras ediciones del Premio de Relato Mujeres que Cuentan, otorgado por la Fundación Fomento Hispania y la Confraternidad Carcelaria de España (CONCAES) en colaboración con la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias (SGIP).

Este premio nace con un doble objetivo, de una parte, formar e impulsar la cultura y la creatividad literaria entre las mujeres que cumplen penas privativas de libertad, otorgándoles un papel protagonista en el marco del poder de la palabra escrita, dándoles voz para que la sociedad conozca su realidad. Y de otra, dar la oportunidad a estas mujeres de beneficiarse del efecto transformador y terapéutico de la escritura.

Se trata de relatos de hasta siete mil caracteres de temática libre, escritos por mujeres cumpliendo penas privativas de libertad en el momento del lanzamiento de la convocatoria. Esta publicación contiene los tres relatos ganadores de cada edición, y las siete historias más valoradas por los miembros del jurado, en total diez relatos por edición. Esta obra recopila el talento y la creatividad de mujeres que pasan muy desapercibidas, cuya realidad es enormemente desconocida, y que encuentran en la escritura una forma de expresarse y de contar sus experiencias. Cada año, con el objetivo de animar a la participación, se destacan y premian veintitrés relatos; por razones de extensión sólo hemos incluido los diez primeros, pero en justo reconocimiento incluimos en estas páginas los títulos y autoras de los demás relatos premiados.

En nuestro país las mujeres reclusas representan alrededor del 7% de las personas encarceladas, frente al 93% de los hombres; esta minoría se refleja en todos los aspectos que enmarca la prisión, basados en la normatividad masculina, en muchas ocasiones estas mujeres son instrumentalizadas y perpetúan roles y formas de dominación tradicionalmente esperadas por los hombres. La realidad de estas mujeres es que generalmente sufren una doble penalización y estigmatización por reclusas y por considerarse que no cumplen los roles de género que les son atribuidos por la sociedad,

roles de madres, esposas, cuidadoras. Además existe una histórica falta de especificidad en programas que tengan una óptica de género, y una inadecuación de los recursos en el medio penitenciario. En la línea de alcanzar una igualdad en este contexto, es en la que se basa la colaboración entre CONCAES y la Fundación Fomento Hispania desde 2018.

La formación es una parte muy importante del proyecto y una invitación a descubrir la literatura escrita. En el marco del Premio de Relato Mujeres que Cuentan, se han llevado a cabo dentro de los centros penitenciarios distintas iniciativas de formación y apoyo en la escritura exclusivamente dirigido a estas mujeres. En ello también han colaborado los miembros del jurado a través de la realización de vídeos formativos en los que se explicaba la forma de escribir relatos y les animaban a participar.

Queremos agradecer, sobre todo, a todas las mujeres que han participado en estas tres ediciones, ellas dan sentido a todo el trabajo y al proyecto, es por ellas y para ellas. Nuestro especial agradecimiento a los miembros de los jurados de las distintas ediciones del premio, compuestos por escritoras y escritores de altísimo prestigio dentro del mundo de las letras y con las más altas distinciones y reconocimientos en el campo de la lengua española. Que hayan querido unirse y formar parte de dichos jurados dota a esta causa de una visibilidad y credibilidad que nos llena de orgullo. En la primera edición contamos con Inés Fernández-Ordóñez, Espido Freire y Javier Moro; en la segunda fueron Soledad Puértolas, Care Santos y Ángeles Caso; y en la tercera Rosa Navarro Durán, Ángela Vallvey y Espido Freire. Destacamos también su voluntad de animar a escribir a las mujeres participantes en el concurso. Todos los miembros del jurado han escrito una carta a estas participantes comentando sus impresiones, agradeciendo su participación y animándolas a seguir escribiendo en futuras convocatorias. Estos textos también se pueden encontrar en este libro bajo el epígrafe "Cartas del jurado a las participantes".

Asimismo, queremos hacer extensivos los agradecimientos a quienes han hecho posible este proyecto y este libro, con el riesgo que ello supone por no nombrar a todas las personas. En primer lugar, a la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias, por confiar desde el primer momento en esta iniciativa, apoyarla, colaborar estrechamente con las dos entidades, y facilitar la logística en todo momento. También a las escritoras y escritores que han asistido a los centros penitenciarios para formar y promover la participación: Espido Freire, Soledad Puértolas, Ángeles Caso, Elena Cabrera, Rosa

Gil, Llerena Perozo, Leticia Costas, Laura Ramos, Rosario Raro, Cristina Rodríguez Graetsch, Miriam Aparicio, Gaudencio Díaz y Cándido Paniagua. Por otro lado a quienes han hecho la selección de los relatos, a las personas voluntarias de ambas organizaciones que han asistido a los centros y han realizado tareas de difusión, como el ensobrado de la cartelería y las bases, han digitalizado los relatos manuscritos, así como a quienes dentro de prisión han animado a las mujeres a escribir y a participar en el Premio de Relato Mujeres que Cuentan.

## **FUNDACIÓN FOMENTO HISPANIA**

[www.fundacionfomentohispania.org](http://www.fundacionfomentohispania.org)

## **CONCAES**

[www.concaes.org](http://www.concaes.org)

## CARTA DE LOURDES GIL

Este libro, que es el fruto de una suma de voluntades, nace del esfuerzo y la dedicación de CONCAES y de la Fundación Fomento Hispania. La Dirección General de Ejecución Penal y Reinserción Social no puede más que agradecer su iniciativa y el haber embarcado en el proyecto a escritoras reconocidas que han contribuido a poner en valor el trabajo de las verdaderas protagonistas: mujeres privadas de libertad que, en tres convocatorias distintas, han compartido relatos e historias de vida.

Las que aquí quedan recogidas son aquellas que llegaron a la última fase como finalistas o que el jurado acabó premiando, pero me gustaría recordar a todas las participantes por haber decidido dar el paso y haberse sumado a una actividad creativa que sitúa la cultura como plataforma de crecimiento personal.

Siempre es complicado ponerse delante de un papel en blanco. Pero si el contexto es el de la privación de libertad, contar puede ser un ejercicio doloroso que te enfrenta al fracaso y que recuerda de manera tozuda lo que dejaste fuera. En la cárcel escribir es terapéutico, pero también abre la caja de los truenos. “Los días –dice Elizabeth en *Sueños de esperanza*– pasaban con más preguntas que respuestas”.

De la lectura de estos relatos, tanto los que se construyen sobre historias autobiográficas como los que están inspirados en vidas ajenas, se desprenden emociones reconocibles, la angustia, el miedo, la ansiedad, la esperanza, la incompreensión. Pero también son textos que nos ayudan a descubrir vivencias como el abuso, el sometimiento, la vergüenza, el silencio que culpabiliza o los terribles secretos tras el trauma. Hay una frase que he extraído del relato titulado “Su último día” escrito por María José, que lo resume muy bien: “... el miedo la paralizaba y con los años olvidó las caricias y los abrazos, y su piel se hizo dura como el mármol”.

Gracias a todas por hacernos partícipes de vuestro dolor, por afrontar la

oportunidad de sanar las heridas y también por acercarnos a la esperanza, porque cuando una se hace consciente de sus ataduras, es más fácil romperlas y entender lo que escribe Noelia en *Almas*: “Cada sacudida que nos da la vida encierra una oportunidad”.

**Lourdes Gil**

Coordinadora de Tratamiento y Gestión Penitenciaria.  
Dirección General de Ejecución Penal y Reinserción Social  
de la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias.



## RELATOS GANADORES Y FINALISTAS 2022

### Tercera edición del Premio de Relato Mujeres Que Cuentan

#### **Jurado**

Rosa Navarro Durán

Ángela Vallvey

Espido Freire

#### **Primer Premio**

*Sueños de esperanza* (Elizabeth G.S.)

#### **Segundo Premio**

*El milagro de la vida* (Davinia M.G.)

#### **Tercer Premio**

*Princesa guerrera* (Judith H.D.)

#### **Finalistas**

*El tiempo* (Aránzazu G.C.)

*I'm aspie* (Melania A.P.)

*La buena educación* (Pilar S.M.)

*Su último día* (María José A.)

*Cuentas pendientes* (Milagros G.R.)

*Burbujas* (Patrizia F.)

*La pérdida más dolorosa* (Alicia P.M.)

**Resto de Finalistas**

*Muñeca rota* (Ángela V.L.)

El dios dormido (Pilar Rocío E.Y.)

Toda esta es mi vida (M<sup>a</sup> Pilar S.C.)

Heroína (Laura M.R.)

Confesión (Tamara N.B.)

Mujeres que cuentan los días (Lidia V.L.)

Hasta aquí (Carmen F.F.)

No, se acabó (Andrea G.V.)

Relato personal (María C.B.)

Mi infancia con mi familia (Raquel R.S.)

Un millón de latidos (Raquel S.F.)

Pies descalzos (Linda Fabiola A.A.)

Vivir durmiendo (Patricia C.A.)



## CARTAS DEL JURADO A LAS PARTICIPANTES

“En Alicia a través del espejo de Lewis Carroll (1871), Alicia, que tiene siete años y medio, cuando la Reina le dice que acaba de cumplir «ciento un años, cinco meses y un día», exclama: «¡Eso sí que no lo puedo creer!». Pero su interlocutora le aconseja que lo pruebe, que respire hondo y cierre los ojos; y la niña se ríe y contesta: «No vale la pena intentarlo. Nadie puede creer cosas imposibles». La Reina le replica entonces: «Me parece evidente que no tienes mucha práctica. Cuando yo tenía tu edad, siempre solía hacerlo durante media hora cada día. ¡Como que a veces llegué hasta creer en seis cosas imposibles antes del desayuno! ».

No hay que olvidar nunca el consejo de la Reina blanca del tablero de ajedrez: respirar hondo, cerrar los ojos y creer en imposibles un rato todos los días al levantarse; no suele fallar casi nunca, porque al cabo de un tiempo se borra ese «in» del comienzo y las cosas imaginadas empiezan a ser posibles.

Es un remedio que encontramos en la literatura porque ella es redentora: si leemos buenos libros, nos regalarán ideas continuamente, y además nos animarán a escribir las que luego se nos ocurran a nosotros. Así enriqueceremos la corriente del río de la creación literaria, que se remonta hacia su cauce y a la vez avanza hacia adelante. ¡No dejéis nunca de hacerlo!”

**Rosa Navarro Durán**

“En esta nueva convocatoria de “Mujeres que cuentan” no ha habido decepción para quienes hemos tenido el privilegio de poder leer los originales que se han presentado. Se trata de una colección de relatos sorprendentes, donde apuntan todas esas emociones que laten bajo la coraza de mujeres que están pasando por una época delicada, pero que con sus palabras no dejan lugar a dudas: la esperanza sigue creciendo dentro de ellas con fuerza, y el deseo de vivir se afianza en sus historias, que existen entre lo onírico y lo costumbrista, entre el deseo y la verdad. Asoma en estos cuentos también la nostalgia, la crítica y la rabia, por supuesto, pero matizadas por esa esperanza en tiempos mejores, cuando la fatalidad no pueda perseguir a una guerrera y las puertas del futuro se abran

de par en par, señalando las trampas del destino, dejándolas claras, para tener una oportunidad de poder evitarlas...

Me congratulo de haber podido ser partícipe de esta experiencia, que tiene tantos aciertos didácticos como literarios, y que nos descubre a los lectores el inmenso tesoro que brilla en los corazones de mujeres que —de momento, solo de momento— esperan a ese futuro que vive en sus sueños dentro de una jaula.

Por ellas y por nosotros, por la libertad y los sueños, por el poder curativo de las palabras, ojalá este proyecto se afiance y nos siga dando sorpresas, alegrías. Y esperanza.”

**Ángela Vallvey**

“La literatura no encaja bien con la alegría, ni con las vidas felices: incluso quien escribe comedia debe estar familiarizado con el lado oscuro de la vida, con sus aristas y sus espinas. Quien carece de preocupaciones no suele buscar respuestas a sus preguntas en la lectura, y menos aún en la escritura.

Al contrario, escribir es una manera de que las penas y los malos momentos se aligeren y cobren algún sentido. Muchos grandes escritores crearon sus obras cuando estaban presos o recién salidos de sus condenas. Lo que nos enseñaron fue más valioso precisamente porque habían experimentado una de las situaciones más complicadas que un ser humano puede vivir: la privación de libertad.

Leo estos relatos y pienso en eso, en cuánta fuerza y dolor y energía conservan quienes los han escrito. Creo, siempre lo he hecho, que la literatura aligera todos los pesos. Y en estos relatos en los que me habéis permitido conocerlos mejor me refuerzo en esa idea. Continúa escribiendo: alguien, en algún lugar, lo está esperando.”

**Espido Freire**





## PRIMER PREMIO

### Sueños de esperanza

De Elizabeth G.S.

Se mantiene el ánimo, respiramos a pleno pulmón. El aire huele a goma quemada, - 30°, ¿qué no quemar para entrar en calor? La supervivencia sale de dentro. Más allá del cerebro, el corazón, el alma se vende por algo de comida.

Los niños ya son pocos, la mayoría murió de hambre hace mucho. Los adultos dejaron de llorar y comer rata, ya no es fiable, pueden estar contaminadas por culpa de los residuos en las calles. Ya no hacen falta cárceles, todos estamos presos de una nada que poco a poco se come todo sin escrúpulos pero nada se puede hacer y se espera el fin sin darle importancia a la vida. Población encerrada en fronteras de la mente, comer, no pasar frío, refugio.

El sol salía poco tiempo y el calor superaba a veces los 50°, así que solo quedaba refugiarse. Aunque el frío siempre fue lo peor. Más horas, más frío, demasiado frío y muchas horas, pero se prefería salir aunque fuera todo un reto mantenerse caliente. Los túneles no eran ya solución, cualquier subterráneo era una trampa mortal: sobrevivir, eso era lo que importaba.

La humanidad estaba perdiendo la poca fe que le quedaba y no importaba demasiado.

En los momentos de mayor desesperación, apareció una mujer con algo inimaginable: semillas. Pero cuando recapacitó un poco, había una solución, pero costaría un gran esfuerzo. Las mujeres estábamos más preparadas que los hombres para afrontar los retos que esto suponía. Tierra, buena tierra, solo hacía falta un pequeño lugar recóndito, podía ser la solución, sabíamos que no sería fácil y nos reunimos unas 10 mujeres. Suficientes para afrontar un viaje utópico.

Comenzamos a caminar intentando cuidar esas semillas que podían representar un futuro. Cargamos con las pocas cosas que nos podían hacer falta para el camino, un camino que no sabíamos qué nos depararía.

Kilómetros de hielo, lagos infinitos, parar y refugiarnos, cuando esas pocas horas de sol convertían el hielo en agua. La memoria de otros tiempos se aplicó alrededor de

un fuego pobre, historias que todos habíamos oído. Reunir información y pensar en cómo utilizarla.

Mujeres, cosa poco común en aquellos tiempos. Nosotras fuimos las que tuvimos el valor de intentar seguir el instinto y creer firmemente en una utopía. Fueron meses duros, pero como en las viejas historias del cuento de Noé, el agua descendió y a lo lejos, aquello que parecía imposible apareció. Árboles, de esos que tanto habíamos oído hablar, eran de verdad, como un microclima entre el sol y el hielo. Cuando llegó la noche, comenzamos a entender. Luces a lo lejos. No sabíamos cómo podía ser, pero allí estaban. Muy lejos, pero allí, allí donde nadie se atrevió a llegar.

Nosotras casi sin aliento, cansadas, sin ánimo, pero en un segundo disponíamos de esperanza. Teníamos semanas por delante antes de llegar, pero ¿qué nos esperaba en ese grupo de luces y árboles?

Adaptación, imposible, entonces correspondería a qué habíamos comentado: microclima. Seguimos nuestro camino. Con la ilusión puesta en ese lugar, lugar donde la imaginación, la ilusión y la esperanza, nos permitiera llegar.

Fueron días muy duros, casi tenebrosos. Pasadas ya de esfuerzo, una de nosotras amaneció muerta, el frío nos consumió y a ella simplemente la mató. Excavar y enterrarnos en el hielo formando una burbuja, que no sabíamos si aguantaría el calor inhumano que estaba por llegar. Aguantar, alguna de nosotras llegaría, aunque sería mejor si llegábamos las 9.

Los tonos que la noche y el frío nos hacían ver que el cielo nos daba esos pequeños momentos de alegría que nadie sabía de dónde provenían. Las antiguas las llamaban auroras boreales, pero no sabíamos por qué ocurrían. Teníamos su lenguaje y algunas palabras cuyo significado fue cambiando una generación tras otra. Motivadas y sin desfallecer, una mañana, encontramos a unos hombres, casi muertos. Ellos eran de otro punto del planeta. Por lo que pudimos deducir, también iban siguiendo la luz a lo lejos. El camino se hizo algo más duro, éramos más y sin poder entendernos, o casi, porque lo imprescindible estaba claro: comida y agua.

Los días pasaban con más preguntas que respuestas. Y por fin, cuando estábamos a unos pocos kilómetros, uno de los hombres murió, por lo que pudimos entender que en su camino habían muerto más. Pero por las explicaciones eran un grupo de 12 y solo quedaban seis débiles, pero duros como rocas. Quizás en su lugar de origen estaban peor. Eso no lo sabríamos. Lo importante era llegar a lo que nosotros entendimos como una especie de oasis, sin saber el significado real de aquella palabra ya que nunca vimos un desierto. ¿Qué pensamientos nos llevaban hacia ese lugar que creíamos cerca, pero cada

vez nos parecía mas lejano? Estaba allí, y se vislumbraba que algo pasaba. Ya empezamos con las temperaturas, el aire era o empezaba a ser diferente. Dudas, Dios, cuántas dudas. ¿Y si al final de aquel camino no había nada para seguir viviendo? ¿Cómo resolverlo? Dejarnos morir no era opción. Aquellos árboles nos decían que algo diferente tenía que ser hasta llegar, sin saber que aquel viaje infernal cambiaría nuestras vidas, y las de ellos.

Cuando estuvimos suficientemente cerca, quedó claro que el cielo era realmente diferente. Se divisaba un gran círculo, no hacía tanto frío, pero tampoco un calor sofocante. A unos 20 km, vimos unas plantitas pequeñas pero verdes ¿cómo? Paramos a descansar y nosotras nos pusimos en serio a dialogar sobre el fenómeno. Aquel círculo en el cielo dejaba ver un azul que no habíamos visto nunca y nubes blancas. ¿Qué demonios estaba ocurriendo allí? Uno de los hombres sacó un libro de su enjuta bolsa y allí casi encontramos la respuesta. Fotos, muchas fotos. De árboles, montañas, cielos y nubes. Animales de formas que no habíamos visto jamás. Vegetación de distintas clases. Hacer o pensar que algo así hubiera existido, si de generación en generación se pasaba información, pero libros no habíamos visto con dibujos y cuernos fotográficos, era diferente, muy diferente. Cuando pensé en las horas siguientes, sería en serio que podía empezar a cambiar el planeta, un punto de inicio, después se iría extendiendo poco a poco y por fin un mundo donde vivir. Cómo no soñar o pensar que algo tenía que cambiar o la raza humana, como se entendía, desaparecería.

Y llegamos a un lugar donde el suelo era verde y los árboles tenían un tacto rugoso en su parte marrón, las hojas eran suaves y frescas. Una sensación que ninguno de los que estábamos allí conocimos nunca. Ruidos o sonidos. ¡Qué sonidos más diferentes! No era silencio ni era ruido, resultaba agradable. Unas estructuras en forma de triángulo, pero no con esa intensidad que nosotras conocíamos. Los laterales se movían despacio, pero se movían. Y agua, una especie de lago de aguas claras, casi transparente. No era real, parecía un sueño mágico. Seguimos andando y una cúpula transparente apareció, llena de vegetación, desconocida para nosotros. Acercándonos, pudimos ver qué era. Un invernadero gigante, lleno de frutos de colores y claro está, sin más, fuimos a coger algo de comer y una voz dulce nos dijo:

—Cuidado, hay cosas que no están bien, no están maduras y podrían haceros daño.

¡Sorpresa! Una mujer nos estaba hablando y nos ofrecía fruta de una especie de caja, pero era como de hilos gruesos y rígidos que, según ella, era mimbre. Fruta, nos la ofreció y cómo definir el sabor. No estaba alterada. No se la vio preocupada. Era supervivencia, si conseguimos llegar fue porque habíamos sobrevivido los más fuertes.

Después de comer lo que ella llamó manzanas nos dijo que nos presentaría al resto del grupo. Si era lo que pensábamos, el mundo se estaba curando. Las semillas fueron bien, muy bien recibidas y para nuestra sorpresa, casi todas eran mujeres. Porque fueron pioneras en todo lo que fue ocurriendo después. Lo que estaba es que nuestra decisión nos llevó al principio de una gran aventura de futuro para la humanidad. Y alguien dijo: *Sueña, eso te dará la libertad.*



## SEGUNDO PREMIO

### El milagro de la vida

De Davinia M.G.

Estoy corriendo a toda prisa, sin rumbo alguno. No puedo parar. Miles de pensamientos invaden el interior de mi mente. Siento cómo los latidos de mi corazón se están acelerando.

Hoy una pregunta en mi mente no me deja en paz. ¿Hay algo en la realidad tan interesante que no me quiero perder? La realidad de hoy es que tengo que permanecer internada en esta Prisión hasta finalizar mi condena. Estoy aterrorizada, sola en mi propia oscuridad. Mis ojos se llenan de lágrimas que van resbalando sobre mi rostro.

¿Hay algo que anhelo entre estas cuatro paredes de mi habitación que no me gustaría olvidar?

Recuerdo que cuando era niña me gustaba cuidar gusanos de seda en el interior de una caja.

Hoy me siento así de pequeña, como un gusano de seda, viviendo dentro de una caja de zapatos, que la abren de vez en cuando y te echan la comida, en este caso, hojas de morera.

Durante mi instancia intento realizar lo mejor posible mi capullo de seda. No es fácil, requiere su tiempo. Pero perseverando, siendo constante y esforzándome cada día que pasa, me voy acercando a alcanzar mi objetivo.

El tiempo va pasando. Estoy cansada, agobiada, sufriendo... Siento que mis esfuerzos son en vano. Pero pronto llegará el día en que el capullo de seda será un trabajo bien hecho y obtendré mi recompensa. Conseguiré entrar dentro de él, salir renovada, convertirme en una gran mariposa, con mis nuevas alas para poder volar y disfrutar de mi libertad. Mientras sucede esto, tengo que pensar que somos afortunados porque aproximadamente setenta veces por minuto late nuestro corazón. Las mismas que en cada minuto que pasa, hay una persona que se acuerda de nosotros. Más de una vez por segundo. Cada pulsación grita la presencia que estás vivo. Cada bombeo como el signo audible de que soy hecha en cada segundo. Cada latido como el signo palpable de que soy amada en cada instante.

¡Y yo con mis cuarenta y un años ya llevo seiscientos cuatro millones de latidos!



## TERCER PREMIO

**Princesa guerrera**

De Judith H.D.

Si se trata de escribir un relato, me limitaré a narrar una peculiar historia basada en hechos reales.

Nunca fue todo tan difícil a pesar de las carencias, y no económicas precisamente. Hay cosas que llenan el alma más que cualquier capricho.

Hubo tiempos felices, por breves que fueran. A fin de cuentas, es mejor resignarse y aceptar la realidad.

Cuando creces confirmas que no existen los cuentos de hadas, pero soñar es gratis y necesario. Tardarás años en comprender que vale más ser guerrera que princesa...

Ella lo sabía.

Quiso crecer antes de tiempo y cuando echó la vista atrás entendió que hubiese sido mejor quedarse donde estaba.

Ahora era tarde para volver al pasado; mejor dicho, era tarde para fantasear con él, lamentarse. Su mejor opción fue aceptar la realidad y ponerse la armadura.

Por precipitarse y tomar malas decisiones recibió muchos golpes.

Podría describir cómo se siente una mujer cuando pone precio a su cuerpo por pura necesidad. Siguieron existiendo las carencias, ahora económicas. Tenía el alma vacía, lo único que la llenaba era una criatura que necesitaba comer. Con la sonrisa más bonita e inocente del mundo, era pura luz. Sus ojos, color verde esperanza, lograban que ella confiara en una vida mejor.

Enamorada de su pequeño príncipe. Que nunca le faltaría de nada fue su promesa. No le importó el precio a pagar. Tenía 19 años, había crecido demasiado rápido.

A veces añoraba su niñez, donde las únicas preocupaciones eran sus rodillas limadas. Jamás imaginó que las heridas del corazón dolerían más. Pero era una guerrera con una debilidad como el tendón de Aquiles. También era guapísima, aunque ella se infravalorara. Esas habitaciones fueron el único testigo de sus lágrimas e interminables noches en vela, pero se arreglaba el maquillaje y levantaba la cabeza. Necesitaba un poco de Paz en medio de tanta guerra.

Aún así, siguió adelante.

Esa criatura siempre tuvo sus mejores cumpleaños, estudios, médicos... Un niño feliz y saludable; su sonrisa era su sustento. La promesa seguía en pie.

Pero su vacío emocional era inevitable, demoledor. No se sentía mujer sino un objeto. Siempre quiso encontrar el amor, pero no hacían más que romperle el corazón. Los que no entendían que vendiera su cuerpo, los que la prejuizgaban, y los que seguían tratándola igual que los que entraban en la habitación. Un temporizador en la puerta marcaba el inicio y fin de su calvario, cada minuto era una eternidad. Odiaba a los hombres con todas sus fuerzas, se sentía sucia. No aguantaba más, rompió sus propias reglas. Decidió que robar sería más fácil que desnudarse, ahora era ella quien los utilizaba. Necesitaba evadirse y se refugió en la droga. Se sentía demasiado golpeada por la vida, quería devolver los golpes a todo aquel que se le pusiera por delante, literalmente.

Entró en una espiral de violencia, drogas, destrucción, delitos... Prisión. 6 años y medio.

Fue tan difícil ese proceso... Pero como bien dije al principio de este relato, nunca fue todo tan difícil. Ella era una guerrera y este, su descanso. Después de duros años comprendió que era la manera que tenía la vida de pararle los pies. Tenía una coraza y una fuerza inquebrantable, no era la primera vez que se sentía presa. Aunque sea difícil de comprender, encontró el amor. Ese con el que tanto soñó...

“Por fin estás aquí”

Cuando casi había perdido la Fe, se sintió plena.

Cuando casi había perdido la Fe, se sintió plena.

Sonreía, era feliz. La mayoría de las personas que entran en prisión sienten que su mundo se desmorona, para ella fue su salvación. Podría haber aparecido muerta en alguna cuneta; paliza o sobredosis. Vivir al límite conlleva riesgos, corrió con suerte. Tiene 30 años, aún cumple la promesa que le hizo a su Príncipe; y siente que puede volver a empezar con ilusión.

—Hay cosas que no se pagan ni con todo el oro del mundo, una de ellas es la libertad; pero tenerla sí que vale un precio. Uno que nunca imaginé que debiera pagar. Entendí que no existe el amor si primero no me lo sentía a mí misma. Pero cuando menos lo esperas va la vida y te sorprende; y la sonrisa vuelve a iluminar tu cara. Creo en el destino y en los caminos que debes recorrer para llegar a tu puerto, tu hogar. Mi peor momento se convirtió en mi mejor historia. Esta historia es mía, una historia real.

Cada mañana me miro al espejo y ahí la vuelvo a encontrar,  
una guerrera.

## FINALISTA

### **El tiempo**

De Aránzazu G.C.

Tantas ilusiones perdidas a través del tiempo, tantos sueños sin cumplir, toda esta vida que pasa y no nos damos cuenta que el tiempo pasa y nuestro cuerpo lo siente en uno mismo. Te atrapa, piensas de todo, lo vives intensamente y sin piedad. Está el tiempo, pasa el reloj, una edad, un momento. Es bueno, es malo, lo vives y deja rastro, es visible y no puedes agarrarlo, no lleva tamaño, deja huella, crea atascos, es imprevisible, no se maneja con mando, vuela libre y muy alto, lo cura todo. No es malo, a veces hace daño, pero siempre brinda una mano. Es triste, es alegre, es sano. El tiempo es nuestro aliado, es lento, es rápido, a veces alegre, otras veces produce llantos, viene y va por el mundo sin cesar, crea cuadros, espacios.

Desespera, hace todo y nunca muere, tiene vida propia, va y viene. El tiempo colores tiene, brilla el sol, luna llena, cielo azul, ¿qué nos espera? El tiempo habla, lo dice todo, si es blanco o un oscuro hondo. Toda la vida es tiempo, se siente, no tiene muerte el tiempo, fluye hace verdades, camina, no se detiene, no tiene fin, trae cosas nuevas, sorpresas en la vida, te atrapa, no miente, hace todo, te envuelve, te hace sabio, paciente y responsable. Hasta estar embarazada tiene su tiempo y el bebé que lleva dentro el carácter, según el tiempo, hace magia. A veces es espléndido. Hay que seguir su camino, a veces gris, a veces blanco, a veces negro, así es el tiempo.

El tiempo te dibuja paisajes, te marca la cara y el cuerpo, te hace niño, adulto y viejo. Del dicho al hecho va un trecho. Te dibuja paisajes bonitos, te hace tener sentimientos y deseos. Esperar, esperar, da lugar a una realidad. No mira nada, ni océanos. Ni mirar. Las gaviotas dan vueltas sin cesar. El tiempo todo lo dirá. Así es el tiempo.



## FINALISTA

**I´m aspie**

De Melania A.P.

En una fría mañana de febrero en Elosa, un pueblecito de Canadá, se encontraba Kattie en las oficinas de correo a las que su madre la había arrastrado esa mañana.

Estaba apoyada en una mesita y vio un gran libro, que rápido intuyó, era la guía postal. Y fue curiosidad lo que la llevó a agarrar otro tomo que encontró de la guía de direcciones y teléfonos de los Estados Unidos.

Kattie, que carecía de amigos, cogió la guía y, sabiendo que en seguida su madre iría en su búsqueda, apuntó la primera dirección que encontró de un residente en New York.

Markes Steve Roda. Lo anotó en una hoja y lo escondió, para evitar que su madre la pillara y se pillara un cabreo de los suyos.

No deseaba volver a escuchar de la boca de su madre que “ella no valía para nada, que había sido un error”.

Ella pensaba: “¿Tan mala soy para que me llamen error?”

Y cuando llegó a casa cogió papel y boli para enviar una carta a esa dirección, a ese posible nuevo amigo.

—Querido Markus Steve Roda, me llamo Kattie, tengo 8 años. Espero que no le moleste que le escriba, pero en el colegio los niños ni me hablan y, cuando lo hacen, es para reírse de mi estatura o de mis gafas. Había pensado buscar un amigo en EEUU, ya que me encantan las hamburguesas y la coca cola. Creo que usted vive en un sitio maravilloso. Si usted me acepta, de ahora en adelante seré su mejor amiga.

A lo mejor usted ya tiene amigos, pero necesito uno con quien hablar y que me resuelva algunas preguntas. “Señor Steve, ¿cuántos años tiene? ¿Usted también fuma tabaco como mi mamá?

¿También es usted gordo como dice la TJ de los americanos? ¿Sabe manejar armas?

¿De dónde vienen los niños?

Atentamente su amiga de Canadá, que le quiere, Kattie Hollen.

Y fue algunos días después, cuando esta carta llegó a su destino, que el mundo de Steve sufrió una revolución.

Para alguien como él eran tan difíciles las relaciones sociales... , incluso las mínimas. Algo simple como un saludo en ascensor provocaba en él un desasosiego inexplicable.

Markus, un tipo de 42 años, que vivía en Nueva York, en un pequeño cuchitril, herencia de sus ya fallecidos padres. Pesaba casi 200 kilos y padecía síndrome de Asperger, lo que le mantenía absolutamente alejado de las personas, para las que él era un enigma y a las que Markus no lograba entender.

Cuando Markus recibió la carta sintió una sensación muy parecida a la alegría y le encantó la idea de poder tener un amigo sin enfrentarse a entender sus muecas, expresiones faciales, abrazos, ese tipo de gestos que él no lograba comprender y mucho menos, disfrutar.

Fue cuando la carta terminó, que Markus entendió que había ganado una amiga, que no le iba a juzgar.

—Querida Kattie Hollen, gracias por escribirme.



## FINALISTA

**La buena educación**

De Pilar S.M.

Bajé al parque por la calle del taller del moro. Ese que lleva 20 años en España y a día de hoy solo chapurrea un par de palabras en castellano entre su jerga morisca y solo para confundir a los clientes y sacarles el dinero. ¡JA! Un día voy a denunciarlo por terrorista solo para ver lo bien que habla español cuando lleguen a buscarle los Civiles.

Bajé al parque por esa calle, pero no por la acera del taller. Fui por la acera de enfrente. ¡Serás jodida! ¡No por ‘esa’ acera de enfrente! Esa es por la que va el hijo mariquita de la viuda Estévez, esa que está medio pirada desde que el cornudo de su marido se tiró por el balcón. Algunos dicen que por la desgracia de tener un hijo bujarrón, pero yo creo que se asomó al balcón, le pesó la cornamenta y ¡ZAS!

Sí. Iba por la acera donde se encuentra la panadería de las lesbianas machorras esas. JAJAJA. Sí. Las lesbianas ‘boyeras’ de la acera de enfrente. ¡Cabrones! Bueno, llegando a la esquina me paró el negrito mantero. Sí, ese mismo. ¿Qué más da que sea camarero? Al ‘Suajili’ ese te lo cruzas seguro en cualquier esquina vendiendo CDs o gritando ‘agua’. Y si no es ese, otro. Que son todos iguales. El asunto es que me paró para preguntarme la hora e intentó ponerme la mano en el hombro. Lo esquivé a lo ‘Matrix’ y le dije: ¡ANDA! Quita que manchas. Sí, jajajaja. Menudo corte le di. Se quedó allí pasmado mirándose las manos por si las tenía sucias el muy idiota. Por algo se mueren de hambre en África, porque los bajas del árbol y no saben ni limpiarse el culo los ignorantes. Cuando me miró de nuevo le dije: ‘En lugar de vender todos los pelucos, quédate uno y aprende la hora, que aquí no estamos para servirte. Y si no te gusta, te vuelves pá África. Y me di el piro. Qué asco les tengo a estos negritos. ¡Porque sí, tía! No ves que solo vienen a quitarnos el trabajo a nosotros. ¿De qué vamos a trabajar cuando terminemos el Instituto? Que te den, tío. Dan igual mis notas. Nosotras somos españolas y tienen más derechos ellos, joder. ¿De qué me sirve tener buenas notas si al final el resultado es el mismo?’

Bueno. Ya me había quedado mosqueada. Con lo tranki que iba y el muy cabrón me puso de mala leche. Ya sabéis cómo me pongo cuando estoy de mala leche. Iba

insultando al negro ese por lo bajo cuando pasé por la iglesia y el *follaniños* del padre Alberto me dice: ‘Ven aquí, hija mía’. ¿Hija tuya? Porque llevaba el chándal Nike blanco, si no, allí mismo le daba un buen par de hostias al pederasta ese. ¿Qué dices, tía? Todos los curas son pederastas. Con eso de que no pueden follar con tías, le meten mano a todo crío que pillan. Ya te digo yo. Si se hicieran un par de manolas cada mañana, verías cómo se les quitaban las ganas de ‘aproximarse al prójimo’. Pero bueno, me acerqué a él porque si no, luego el domingo le va con el cuento a la *chupa de cirios* de mi abuela y me termina amargando el día con dios y el infierno. Si es que los viejos tienen el coco comido con la religión. Como cuando eran niños estaban obligados a ser monaguillos e ir a misa, ahora no piensan en otra cosa. ¡Ya ves, colega!

¿Que qué quería? Pues que fuera una ‘buena samaritana’ y acompañara a Cristiano a su casa. Que su madre había llamado para avisar de que no podía recogerlo de la catequesis. ¿Cristiano? Es el indiecito ese que adoptó la frígida del 5ºB. Sí, ese que será ecuatoriano o de por ahí. Le pones un taparrabos y es calcado a los indios que trajo Cristóbal Colón. Por eso estoy aquí en lugar de en el parque dándome el lote con el calzoncillo flojo del Andrés. Porque el cura sobón ese sabe que vivimos en el mismo portal y tuve que traer al ‘Machu-Pichu’ ese con la frígida solterona del 5ºB...

¡So desgraciado!

La voz de mi padre sonó atronadora a mi espalda y la frase de apenas dos palabras fue acompañada de un collejazo que aún hoy me estira el cuello haciéndome hocar como un caballo de carreras en la foto-finish. Mis colegas se rieron de mí. Sí. Esos son mis colegas. Fieles como ratas. Me giré a ver a mi padre y pude observar que detrás de él, plantada en la puerta del portal, estaba la frígida del 5ºB con su niño-mascota. Parece que iban al mercado, ya que la solterona tenía en una mano cogido al niño y en la otra el carro de la compra. Me miraban los dos serios, ofendidos. Me hubiera gustado mandarlos a tomar por culo. Por culpa de ellos no me di el lote con Andrés. Era yo quien debía estar ofendida. Mi padre me pilló de la oreja mientras, en un tono más calmado, me ‘excusó’:

Yo no sé dónde ha aprendido la ignorante esta a poner etiquetas a la gente. Le juro que no lo sé. A mí no me educaron así. Lo habrá sacado de la cabrona de mi mujer y el estúpido de su hermano, que está enquistado en mi casa desde que volvió de Cataluña. Mire usted, se va el cabeza hueca ese un año a vivir a Barcelona y viene gritando a los cuatro vientos que todos los españoles que queremos a nuestra bandera y al rey somos unos fachas. ¿Sabe qué le digo? Que porque es familia, sino de una patada le hubiera expatriado al republicano ese de mi casa. Y seguro que de paso mi mujer habría

aprendido la lección. Que no vea lo bien que se le da hablar de los demás a sus espaldas, pero lo que es planchar, 10 años de casados y todavía no hay camisa que me ponga por la mañana que no tenga una arruga. Mi santa madre. Esa sí que era una buena esposa. Una mujer de su casa que sabía cuál era su sitio. Educando a sus hijos, apoyando a su marido. Mi padre llegaba de trabajar y todo estaba limpio, la cena en la mesa y mis hermanos y yo duchados y listos para cenar. ¡Ay, de mi santa madre! Pero, bueno, no se preocupe usted que en cuanto subamos a casa le voy a enseñar a esta mendruga lo que es la buena educación.

Luego soltó mi oreja y me ordenó:

—¡Anda! Desgraciada. Tira para la casa.

Mientras la inercia de otro collejazo me arriaba dentro del portal.



## FINALISTA

### Su último día

De María José A.

Esa mañana cuando María despertó aún conservaba el sabor amargo de la sangre en su boca, siempre cerrada, pegajosa, en una curva de sonrisas rota. Apenas podría abrir los ojos hinchados de golpes y colores, ya secos de llantos y pestañas derrotadas.

Intentó incorporarse y los pitidos aún retumbaban en su cabeza, como un hilo musical suspendido en una sola nota, en un espacio indefinido. Aún sentía la presión en su cuello de unos dedos que la asfixiaban. Intentó moverse sintiendo el miedo que la paralizaba. Reunió las fuerzas que ya no tenía, se dirigió al baño tambaleándose como su propia vida, jurándose una vez más que ese sería el último día.

Evitó su imagen en el espejo roto de la salita, ya conocía cada una de sus heridas, incluso las que aún no habían salido, sabía que nunca sanarían porque cada día se abrirían.

Se vistió despacio, sabía que Genaro ya se había ido, estaría en la granja como cada día, después de golpearla y violarla, “que para eso eres mía”, le decía sin reparos. Alimentaba a las vacas, los cerdos y a un par de caballos, era parco en palabras y brusco en sus formas. Se manejaba bien entre los animales, era uno más entre ellos, su brutalidad le hacía sentirse más hombre y con ella disimulaba su incapacidad sexual.

María conoció esa faceta de su marido a los tres meses de casarse. Ya habían pasado cinco años y nunca hubo un “perdóname”, un “lo siento”, un “no volverá a pasar”, lo hacía porque la amaba, le decía, y entre el dolor y el miedo María se lo creía. En más de una ocasión pensó en romper esas cadenas, pero el miedo siempre la paralizaba y con los años olvidó las caricias y los abrazos y su piel se hizo dura como el mármol. ¿Dónde iba a ir? Todo cuanto tenía era esa granja que heredó de sus padres cuando fallecieron, pero todo lo que tenía ya no le pertenecía, ni siquiera era dueña de su propio cuerpo, ni de su voz, que apagó con los años.

Hacía rato que había amanecido, tenía que darse prisa, pronto llegarían los vecinos del pueblo a comprar la leche, los huevos y algunas verduras que con sus manos cultivaba en su pequeño huerto. Todos los del pueblo la conocían, pero ninguno la veía,

todos lo sabían, pero todos callarían, todos se reían comentando lo torpe que era María, era una forma de disfrazar heridas y ocultar la vergüenza de la cobardía de un pueblo cómplice de cada paliza. Solo Elvira la miraba y comprendía, las dos se reconocían por sus heridas.

Pero aquella mañana, mientras María recogió los últimos huevos y esperaba la vuelta a casa de su marido, una voz la sobresaltó por la espalda. Al girarse sus ojos se perdieron en una inmensa mirada. “Manuel”, susurró ella con un ligero temblor en la voz y, por primera vez en años, las lágrimas se agolparon en sus ojos y cayeron como cascadas surcando cicatrices. En un momento su mente retrocedió en el tiempo y un impulso la empujó, se abrazaron en silencio, no cabían más palabras entre los dos. “Manuel”, repetía María.

“María”, repetía Manuel. Habían pasado 15 años desde que María decidió quedarse en la granja y Manuel marcharse a la capital para estudiar y labrarse un futuro con la promesa de volver. *¿Por qué no volviste Manuel?* se preguntaba María, pero Manuel, tras acabar los estudios, consiguió un buen trabajo, conoció a Jacinta y se casó. María se convirtió en un amor de juventud, la propia vida les separó. Siguieron abrazados reconociéndose en el tiempo hasta que el sonido de la furgoneta de Genaro rompió la magia del momento y un golpe de realidad estremeció a María. “Vete, vete o te matará”, le decía María. “Volveré mañana”, le prometió Manuel, y lo vio marcharse como lo hizo hacía 15 años. Cuando Genaro bajó de la furgoneta María terminaba de secarse sus últimas lágrimas, la promesa de Manuel sonaba aún en su cabeza, solo le faltaba romper ese miedo que le impedía volar y lo sintió al ver la mirada oscura de su marido que venía a por lo que era suyo. Hacía tiempo que María había dejado de resistirse, pero los golpes formaban parte de ese despiadado ritual.

El día se hizo largo, pero sería el último, se prometía a sí misma y, convencida, se miró en el espejo roto de la salita. Ya no había marcha atrás. Vio en ella los ojos de Manuel y su piel se volvió de cristal. En ese preciso instante supo que ya podía volar. Esperó a la noche rezándole al alba y con ella se fue Genaro, detrás la seguía María.

Cuando llegó, Genaro dio de comer a los cerdos. Sintió una fuerte presencia a su espalda. Cuando se giró la vio ahí de pie, tranquila, con un extraño brillo en la mirada. No temblaba, lo último que alcanzó a ver fue la sonrisa que le regaló María, no hicieron falta palabras, los dos sabían que todo había terminado. Aún así Genaro intentó dar un último golpe a María, pero ya era tarde, su propio golpe le hizo caer de espalda. Antes de marcharse María miró por última vez a su marido y vio sus ojos llenos de miedo y dolor

en un último intento de agarrarse a la vida, pero María ya había volado, con una eterna sonrisa le dijo adiós, por ella y por todas las Marías del mundo.

Cuando llegó a su casa, ya avanzada la mañana, ahí estaba Manuel como había prometido, ahí estaba esperándola. La vio venir descalza, casi volaba, y se fundieron en un abrazo. “Vámonos”, le dijo Manuel. “¿Lejos?”, preguntó María. “Muy lejos”, contestó Manuel. Abrazados, se marcharon sin volver la vista atrás, cruzaron de la mano el pueblo.

María sabía que aún le quedaba algo por hacer antes de irse del pueblo al que nunca regresaría. Llegaron a casa de Elvira, estaba sentada en la puerta lamiéndose las heridas. “Toma, las llaves”, le dijo María, “la casa y la granja es tuya, cuida bien el huerto, que los cerdos ya tienen comida”.

Con una sonrisa se despidieron y en ese momento también Elvira comprendió que hoy también podía ser su último día.





## FINALISTA

**Cuentas pendientes**

De Milagros G.R.

Muchos de nosotros hemos pensado en alguna ocasión que, tal vez, moriremos sin haber hecho o dicho ciertas cosas. Suena tétrico, por ese motivo nadie habla del tema, hasta que se encuentra en una situación extraordinaria. Era un miércoles como otro cualquiera. Había ido a la universidad, estudié Ciencias Sociales por las mañanas.

Después de comer, me tumbé en el sofá y me quedé dormida con el ruido del televisor. Desperté sobresaltada, soñaba que estaba en el instituto con mis compañeros de clase, sonaba el timbre de salida y todos corríamos hacia la puerta, pero esta no se abría.

¡Qué raro!, estaba despierta y el timbre seguía sonando, abrí los ojos y me percaté de que el sonido provenía del teléfono.

—¿Sí, quién es? —contesté medio adormilada.

—¡Hola, Laura, soy Paco Ortega!

Era un compañero de instituto.

—¡Hola, Paco! ¿Cómo estás? —. No lo veía desde hacía medio año, al menos.

—¡Bien, Laura! Oye, ¿qué te parece si nos vemos para cenar? Quedamos aquella misma tarde, pasaría a recogerme a las ocho.

Paco llegó puntual en un coche destartalado, no le iban bien las cosas y no se podía permitir otro vehículo.

Fuimos a cenar a un restaurante de las afueras. Pasamos la velada poniéndonos al día de nuestras respectivas vidas. Antes de marcharnos, Paco me comentó un sueño que había tenido la noche anterior. Soñó que viajábamos juntos a un lugar donde las carreteras transcurrían por túneles interminables. Despertó angustiado y tuvo la necesidad de verme.

Cogimos el coche para volver a casa, no hubo manera de ponerlo en marcha, optamos por coger un taxi. Estuvimos más de veinte minutos esperando al que habíamos solicitado por teléfono, pero no apareció y tampoco pasó ninguno por la calle desierta.

Nos dirigimos a la parada del metro, ya era tarde y yo tenía que madrugar. Llegamos justo al último de la noche. Los vagones se encontraban casi vacíos, éramos diez viajeros en total, bajaron seis en la siguiente parada. De pronto, el tren hizo un quiebro extraño, parecía que algo se encontraba en medio de las vías y había sido atropellado. El tren se detuvo, las luces se apagaron y quedamos a oscuras.

Los cuatro viajeros que quedábamos encendimos el modo linterna de los móviles iluminando el lugar. Ninguno tenía cobertura a esa profundidad. Nos acercamos unos a otros para comentar el parón imprevisto. Curiosamente los dos me resultaban familiares.

—¿Don Damián? —pregunté. No daba crédito. ¡Era nuestro antiguo profesor de matemáticas del instituto! Aún no nos habíamos recuperado de la sorpresa, cuando el cuarto viajero habló.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! Paco, Laurita y don Damián —esa voz me sonaba—. ¡Soy Raúl Casal! ¿Os acordáis de mí?

Como para olvidarlo, lo apodaban “el Diablo” y no era por casualidad. Tenía una capacidad innata para aterrorizar al más pintado. Alumnos y profesores habían sufrido en mayor o menor medida sus ocurrencias diabólicas. Finalmente fue expulsado, poco después de llegar como nueva alumna al instituto.

Pasaba el tiempo, una hora ya, y comenzábamos a inquietarnos.

—¿Qué hacemos, chicos? —dijo don Damián—. ¿No deberíamos pedir socorro?

Dimos golpes en las barras metálicas y gritamos pidiendo auxilio, sin resultado. Intentamos abrir alguna puerta, pero fue imposible.

Recordé mi sueño, ¿qué extraña jugada del destino nos había hecho coincidir a los cuatro en esta rara circunstancia?

—Podríamos morir aquí, si no viene nadie —dijo Raúl, ¿quién si no? —. ¿Os imagináis que encuentran nuestros cuerpos de aquí a un mes?

Eso había sonado fatal, el chaval seguía siendo siniestro.

—¡Cállate, Raúl! —don Damián se encaró con él—. Tranquilos, chicos, saldremos de esta, sois jóvenes y aún os quedan muchas cosas que hacer en la vida.

—Esa es una buena idea, eso podría entretenernos un poco, ya que, por ejemplo, no me he casado aún —dijo Raúl, mirando directamente a don Damián, al que le cambió el semblante. Pasó a mirar a Paco fijamente:

—¿Y el señorito Paco, qué dice?

Paco dio un respingo.

—¡Yo no digo nada, déjame en paz!

Su voz sonó rara.

—¡Vamos, Paco! ¿Todavía no has salido del armario?

Pero, ¿qué dice este loco?, pensé. Aunque ahora que caía en la cuenta, Paco nunca tuvo pareja y también era cierto que mostraba amaneramiento en sus gestos.

—¿Recuerdas cómo me seguías a cualquier parte, como si fueras un perrito, esperando una caricia o una patada?

Raúl comenzó a reír, su risa sonó cavernosa, como si no fuera de este mundo. En la boca de Paco se dibujó un rictus de odio.

—¿Y tú, Laurita? —ahora era mi turno—. ¿No tienes ninguna cuenta pendiente? —su rostro se había convertido en una máscara de maldad—. Con esa cara de mosquita muerta que tienes —acercó su cara a la mía —te podría aplastar, ¿sabes? Aún no he matado a nadie.

Sentí una escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

—¡Raúl, hasta aquí hemos llegado! —. Don Damián apenas podía contener la ira, tenía los ojos desorbitados—. ¿No vas a cambiar nunca? ¡A ti sí que te tenía que haber aplastado como a una mosca, maldito!

—¡Así me gusta don Damián! —. Raúl se puso a aplaudir—. ¡Sin miedo!

Se acercó a él y le palmeó el hombro. Don Damián se volvió hacia él y le propinó un puñetazo que lo tiró al suelo, se lanzó sobre él sin dejar de golpearlo, gritando algo relacionado con una profesora con la que estuvo a punto de casarse.

Paco se acercó a ellos, creí que iba a sujetar a don Damián, pero no fue así, lo apartó de Raúl. La primera patada se la dio en el estómago, la segunda en el pecho y la tercera fue directa a la cabeza. El sonido que hizo la última patada nos dejó paralizados.

Aproveché el momento de desconcierto para apartar a Paco y a don Damián del cuerpo inmóvil de Raúl. Su cara se había convertido en una masa sanguinolenta.

Le tomé el pulso bastante asustada, su corazón aún latía, respiré aliviada.

Paco y don Damián temblaban intensamente, se sentaron en el suelo como títeres desmadejados. Miré a don Damián, parecía a punto de desmayarse, lo tumbé cuan largo era, hasta que se calmó poco a poco. Cuando estuvo más tranquilo, me contó la historia de Ángela, su prometida.

Raúl era alumno de Ángela. Un día le contó que don Damián había abusado de él. Lógicamente ella denunció el hecho y rompió el compromiso. Todo se llegó a aclarar, pero fue demasiado tarde, Ángela se había marchado psicológicamente destrozada.

Paco se levantó y vino hacia mí, me tomó de la mano y con el rostro arrasado en llanto, dijo:

—Laura, siento mucho no habértelo contado, tenía miedo a que me rechazaras, como casi todo el mundo.

No sabía qué decir, después de tantas vivencias en común, descubría que Paco no había llegado a confiar en mí completamente.

Se encendieron las luces y el tren se puso en marcha, apresuradamente depositamos a Raúl entre los asientos. Llegamos a la siguiente parada, salimos los tres al andén y rápidamente nos encontramos en la calle. Nos despedimos casi sin mirarnos, lo ocurrido no requería comentarios. En las noticias del día siguiente, dijeron que el gran apagón se había saldado con graves disturbios en toda la ciudad.

## FINALISTA

**Burbujas**

De Patrizia F.

¡Qué mierda, tío! ¡Sí, te estoy hablando a ti!

¿Qué pasa, que no me ves?

Tío, estoy detrás de mis "neurosis" cotidianas, abre los ojos y mira un poco más allá lo que hago yo para olvidarme de mirar atrás.

¿Tengo que gritar más fuerte para que me veas?

La verdad es que yo también tardé en verme. ¿Quieres que le regale a tus oídos un cuento?

¡Qué va! Son todos un coñazo, llenos de moralejas y buenos propósitos, todos te lo ponen fácil.

¿De verdad es fácil para alguien?

Me paso los días arañando y mordiéndole el culo a mis demonios, y acabo cansada y desgastada. Cuando me ducho las hormonas me llenan de pena y tengo que luchar contra ellas.

Tío, ¿sabes qué?

No me cuentes tu vida y yo no voy a contarte la mía. Eres un triste y no me importa que no me veas. Me la sudas, tío, aún me quedan muchas fuerzas para seguir. Quédate donde estás, no necesito tus palmaditas de apreciación. Que te den.



## FINALISTA

**La pérdida más dolorosa**

De Alicia P.M.

A mis 16 años, el 14 de marzo de 2002 me dejó marcada hasta el día de hoy.

Ese 14 de marzo lo pasé todo el día con mi hermano, al igual que casi todos los días, porque aparte de ser hermanos, éramos amigos, íbamos juntos a todos los sitios y lo compartíamos todo.

Ese 14 de marzo a las 17:30 salí de casa con una amiga a dar una vuelta y después del paseo decidí pasar por el hospital donde se encontraba mi hermana mayor por problemas con el embarazo.

Por el camino me crucé con mi hermano, él iba con la moto y un amigo, me preguntó a dónde me dirigía y le dije que al hospital. Él dijo que también iría a verla, que me esperara y que dejaba a su amigo y volvía a por mí. En vez de él, como me había prometido, vino mi cuñado a recogerme y me informó de que mi hermano había tenido un accidente, se había dado un porrazo y únicamente se había roto la pierna.

Pero cuando llegué al hospital me di cuenta de que era más que la pierna lo que tenía, lo llevaban en la camilla hacia la ambulancia y lo trasladaban al hospital de Albacete para operarlo de urgencias.

Toda la familia le acompañamos y allí ya nos dijeron que la situación era muy difícil, que el golpe se lo había llevado en su cabeza, que no iba a quedar bien y que, si se salvaba, iba a estar en estado de coma.

Les pedimos por favor que lo salvaran y que hicieran lo posible para no perderlo.

Como estaba en la UCI solo podíamos verlo por los cristales y entrar de dos en dos. Las primeras veces entraron mi madre y mi padre, luego mis dos hermanos mayores y en la última visita, el día 15 de marzo a las 17:00 de la tarde, entré acompañada de mi padre. Por fin pude darle un beso en la frente y tocarlo al verlo.

Pensé que ya estaba mejor, le habían quitado todas las vendas de la cabeza y solo tenía unas cuantas gasas que le tapaban la herida de la cabeza y otras dos tapándole los ojos. Tenía la pierna y el brazo escayolados.

El pensamiento de su mejoría era compartido por toda mi familia.

Esa tarde, antes de que saliera el médico a hablar con nosotros como hacía después de cada visita, decidí volverme a Hellín, a mi casa, a darme una ducha y descansar esa noche para volver a Albacete a la mañana siguiente.

Estaba en casa de una amiga, allí vinieron mis primas a preguntarme por él y les conté que lo habíamos visto mejor, que ya no tenía tantas vendas y la respiración, aunque fuese con ayuda de la máquina, había mejorado. Pero al rato de estar con ellas, llegó la cuñada de mi madre y cuando entró, noté que algo raro pasaba, se puso a organizar el comedor, la cocina, me dijo que me duchara...

Estaba muy extraña, y con mucho miedo le pregunté qué pasaba. Al principio me contestó que nada, que únicamente había venido a acompañarme para que no estuviera sola y que había venido a recoger la casa para que cuando mi madre volviese pudiera descansar.

Pero al rato llegaron los amigos de mi hermana a preguntar por él, y cuando me puse a explicarles que lo habíamos visto mejor, la cuñada de mi madre se rompió y empezó a llorar. Ahí fue donde yo deseaba morirme y no escuchar lo que empezó a decir: “Me ha llamado tu madre y me ha dicho que cuando han entrado a verlo a las 17:00 tu hermano ya había fallecido, pero que lo estaban manteniendo para que se despidieran de él”.

No podía ser verdad lo que estaba escuchando. Salí corriendo a casa de mi vecina a llamar por teléfono a mi madre. Cuando contestó mi hermana y me dijo que fuera fuerte entendí que lo que acababa de escuchar era verdad.

Pero sin duda lo más duro fue el 16 de marzo cuando salimos del cementerio sin él. Ahí fue cuando me di cuenta de que a mi hermano y amigo lo habíamos perdido. Siempre estará en mis pensamientos y en mi corazón hasta mi último aliento.







## RELATOS GANADORES Y FINALISTAS 2021

### Segunda edición del Premio de Relato Mujeres Que Cuentan

#### **Jurado**

Soledad Puértolas

Care Santos

Ángeles Caso

#### **Primer Premio**

*En dos minutos (M<sup>a</sup> Luisa L.V.)*

#### **Segundo Premio**

*Mi vida ahora (Susana María F.M.)*

#### **Tercer Premio**

*A veces el amor mata (M<sup>a</sup> Jesús V.M.)*

#### **Finalistas**

*Olvidar es más fuerte que recordar (Beatriz G.C.)*

*El camino (Pilar Rocío E.Y.)*

*Juguete roto (Montserrat S.C.)*

*Mi lado oscuro (Rosalba S.)*

*Lágrimas encadenadas (Ivonne V.P.)*

*La guerrera sin escudo (Sonia A.D.)*

*Carta a un niño que nunca nació (Patricia S.N.)*

**Resto de Finalistas**

Una isla en el desierto (Soledad A.P.)

Colchón de piel (Rebeca G.F.)

Ciega por amor y acabé en prisión (Ana G.E.)

Otra vida (Flor M<sup>a</sup> N.C.)

Cita adolescente (Alba María G.S.)

El último desayuno (Patricia S.B.)

La llegada (M<sup>a</sup> Montserrat A. G.F.)

Cuando no es tan fiero el león (Montserrat Triana M.G.)

Justicia o injusticia (María José C.O.)

Perdí (Cristina Q.M.)

Mi vida en prisión (Alba María A.M.)

La tímida que quiere ser invisible (Yvana M.M.)

Me despierto me estiro (Carlota C.P.)

## CARTAS DEL JURADO A LAS PARTICIPANTES

“El acto de escribir es un paso hacia otro mundo. En ese momento, nos situamos a cierta distancia de nosotros, de lo que somos y hemos vivido, sufrimientos y alegrías. Palpamos entonces la oportunidad que nos brinda esa distancia, que no es otra que la literatura. Podemos escribir sin más ni más y podemos escribir tratando de buscar un hilo que en la vida no hemos encontrado. Un hilo nuevo: la creación. Merece la pena intentarlo porque, lo encontremos o no, la búsqueda misma proporciona emoción, satisfacción, belleza. Las palabras están a nuestra disposición. Os animo a hacerlas vuestras, a poner en ellas ilusiones, ambiciones y sueños”.

**Soledad Puértolas**

“Escribir siempre salva de algo. De la grisura de la vida, de la decepción, del aburrimiento, de los peores momentos. Las palabras y las historias nos cobijan y nos brindan cobijo, buena compañía, tal vez una escapatoria. Os animo a contar vuestras historias, en las que seguro que otras personas encontrarán todo eso y mucho más.”

**Care Santos**

“Muy emocionante. Así puedo resumir lo que ha sido para mí la lectura de estos relatos. Por dos razones fundamentales: la elevada calidad literaria de muchos de ellos, tras los cuales se esconden sin duda verdaderas escritoras de las buenas. Pero también por su contenido. Las personas tendemos a hablar en nuestros textos de nuestra propia vida, de todo aquello que nos inquieta, agobia o ilusiona. Estas mujeres que viven encerradas por errores a veces inevitables han escrito sobre su propia condición, sobre la tragedia de sus vidas, sobre el dolor que las ha llevado hasta ahí. Y también, de una manera conmovedora, sobre el consuelo que buscan desesperadamente en medio de su encierro. Cada una de ellas merece todos los premios posibles. ¡Enhorabuena, compañeras!”

**Ángeles Caso**



## PRIMER PREMIO

**En dos minutos**De M<sup>a</sup> Luisa L.V.

Un chasquido casi fugaz que estremece. La oscuridad.

Nada.

Yazco en el suelo. Atisbo a mis compañeros dando vueltas precisas sobre la punta de los pies; el empeine y la parte anterior del tobillo perfectamente estirados, totalmente perpendiculares al suelo. Bellísimo.

Las imágenes y cabriolas se forman borrosas. Piernas no nítidas como columnas licuadas moviéndose de una forma que ya no comprendo.

Yazco en el suelo. Tengo náuseas; me siento lánguida, exangüe, ... cérea, marmórea. Estoy tremendamente aturdida. ¿Qué está pasando? ¿Qué me pasa?

Yazco en el suelo. No reconozco esas piernas, esas ropas. Parecen mallas. Hay tules. Siguen girando.

Ya no veo nada.

El dolor es muy fuerte; es intenso, agudo, penetrante.

Alcanzo a reconocer el célebre adagio de Albinoni. Por unos segundos la música me hace recuperar la conciencia. ¡Oigo!

Adivino piruetas elevadas del suelo mientras floto en algo que desconozco, empapada en sudor. Danzan. Bailan ¡Están bailando! Caen las puntas repetidamente sobre el piso, de nuevo perfectamente alineados los empeines. El metatarso y las falanges de los pies bien protegidos horadan el suelo con tibieza.

Ahora veo los cuerpos. Se arquean como juncos de lado; se cimbrean con una belleza casi imposible. Tules, medias, mallas, tutús...

Yazco en el suelo. Lloro. No me puedo mover. Apenas veo. Me voy rindiendo...

El dolor aumenta de intensidad. Es lacerante. Es cruel.

Solo han pasado dos minutos:

Me lleva una ambulancia.

Todo ha ocurrido en dos minutos

La vida se me truncó en dos minutos.

Adiós a los escenarios.





## SEGUNDO PREMIO

### Mi vida ahora

De Susana María F.M.

¡Hola, chicas!

Bienvenidas y gracias por prestarme atención aunque sea por unos pequeños momentos.. Os pido que participéis en este ejercicio que os propongo... es muy fácil... solo... ¡cerrad vuestros ojos!, liberad vuestras mentes de todo pensamiento o preocupación, e intentad, a través de mis palabras, transportaros conmigo hasta donde estoy, hasta mi espacio, mi mundo, mi isla.... MI VIDA AHORA...

Si yo tuviese superpoderes o agitase mi varita mágica y pudiera traerlos a todas aquí, sería muy distinto, pero..., como eso es imposible, vamos a SOÑAR E IMAGINAR que estamos todas juntas... aquí en mi HABITACIÓN.

Al entrar en ella, lo primero que se ve es la VENTANA. La verdad es que si echáis una ojeada a vuestro alrededor podréis comprobar que esta es la mejor habitación de toda la casa, con diferencia. Lo es por sus vistas y sobre todo por su luminosidad —a pesar de tener una ventana más pequeña que las demás habitaciones—.

Si miráis al otro lado de la ventana veréis kilómetros y kilómetros de verde campo todo repleto de flores de miles de colores. Ahora mismo está abierta y huele a primavera (aunque es verano) y unas cortinas blancas de tul ondean con el viento que entra por ella... un viento suave pero refrescante y que trae olor a lavanda y plantas silvestres . . . (fuera solamente se oye a las chicharras cantar).

Vivo en una finca muy, muy extensa, situada en un recóndito lugar y en consecuencia poco transitado y por añadidura de “moda” —por lo que no voy a decir su nombre, no vaya a ser que se llene de repente de guiris con sandalias y calcetines de deporte, con la piel roja como salmonetes y con su Nikon colgada al cuello... ¡¡Noooo..., por favor!!, que se está muy bien tranquila disfrutando de este pequeño oasis en exclusiva... ¡¡Fotos noooo!! —.

Como podéis ver, dentro de un edificio de grandes dimensiones, mi habitación es muy sencilla, con el espacio justo, decoración minimalista funcional. Soy de las que piensan que menos es más, siempre y cuando elijas bien, claro.

¿Qué más hay por aquí?... Tengo unos armaritos hechos por mí con la colaboración de alguna amiga que otra; la verdad es que por esta zona la gente es muy dada a la creatividad y se hace con una caja de cartón y un par de perchas auténticas maravillas. Si queréis podéis echar una ojeada dentro de los cajones, por mi parte no hay problema... Creo que soy bastante aburrida... ni juguetes sexuales, ni revistas porno, ni tangas de cuero o medias de rejilla... Unas bragas normalitas, algún que otro sujetador de deporte y unos cuantos pares de calcetines de esos “pinkies”. Todo de lo más antimorbo, práctico y sencillo. Si abris el armario... más de lo mismo... algún vestidito, conjuntos monos, mucha ropa deportiva y funcional... En fin, ropa práctica, calzado cómodo y poco más.

En frente del armario, en la pared opuesta, tenemos mi CAMA, comodísima por cierto (con su colchón viscoelástico, que hace que desee que mis noches no lleguen a su fin y que el sonido del despertador sea el más odiado para mis oídos). A los pies de mi maravillosa cama hay una cómoda con un motón de libros y una colección de CD y junto a ellos una minicadena de música para poder escucharlos, claro.

También tengo un ESPEJO al que me encanta asomarme siempre que puedo, con muchísima curiosidad y sobre todo alegría de volverme a ver cara a cara. Reconozco, aunque me dé un poco de vergüenza, que la mayor parte de las veces mantengo con “mi reflejo” largas e interesantes conversaciones... lloro..., río e incluso discuto. Es lo más valioso que tengo ahora mismo. No sé qué haría sin esos momentos de charla. Lo necesito. ME NECESITO.

Bueno, ya solo me falta hablaros de lo mejor de mi habitación... ¡el BAÑO! Sí ¡¡¡tengo un baño para mí solita!!! Con su ducha, su retrete y su pila. ¡Qué más quiero!

Pues sí, quiero más, aún falta algo, quizás lo más importante... esa VENTANA, que durante el día deja entrar claridad solo, por las noches deja colarse una luz tenue que me atrae y hace que me asome... y allí está la LUNA.

Mirándola pienso que esa gran bola gigante, redonda, nos dice mucho solo con dejarse ver... A veces se oculta y solo aparece una especie de “gajo” lleno de luz. No se ve más pero a lo largo de las noches va graduándose y aparecen nuevas frases. Es como la vida. Va teniendo fases hasta que llega a su plenitud y una gran bola luminosa inunda y da claridad al firmamento. A veces se esconde entre nubes... Pues pensad, su observación me lleva a analizar mis “fases”, mis ilusiones, mis deseos, mis proyectos. Es la COMPAÑERA de mis pensamientos y me aconseja con su ejemplo. Es parte importantísima de un sistema preciso y exacto. Su labor diaria colabora en dar VIDA a su alrededor y no puede fallar...

¿Qué os parece, chicas? ¿Os ha gustado lo que habéis visto a través de mis palabras? ¿O no?

¡Decidme algo!... ¿Silencio? ¿Solo merezco vuestro silencio?

De repente... alguien tímidamente pero con voz molesta dijo:

Que ¿qué nos parece? Pero si solo son como mucho 4 metros cuadrados de habitación, cuatro paredes blancas desnudas sin adorno alguno; una cama diminuta con un colchón que parece de corcho de fino que es; con un ventanuco a través del que se ve un descampado inhóspito y un muro con una alambrada y unos focos...

Que ¿qué nos parece? Si a los pies de la cama tiene una especie de mesa con un espejito, cuatro cuadernos, un libro y poco más. Si el “armario” son cuatro baldas de obra empotradas en una pared... Y, para colmo, ¡es compartida con otra persona! Y ¿del baño? Mejor no hablar, es imposible que no te oigan o vean hacer tus “cosas” en esa habitación “0” intimidad. ¡Uff, es un horror! ¿Y nos pregunta que qué nos parece? ¡Qué valor tiene!

¡Parad chicas!... No hace falta que digáis más. Sé perfectamente lo que decís y lo que estáis viendo. Por desgracia soy consciente de MI REALIDAD y sé dónde estoy en este preciso momento y, aunque vosotras lo veáis como un “horror”, ¡¡SOY FELIZ!! Y ¿sabéis por qué? Pues porque aquí he aprendido a ver la vida como yo quiero verla, para poder ir avanzando cuando la realidad “cuesta”; cuando estéis en situaciones difíciles o desagradables probad esto: disfrazad la realidad, ponedle colores bonitos si está en blanco y negro. Ello os ayudará a manejarla mejor y finalmente a sobrellevarla. Os lo aseguro. Esto mismo es lo que yo hago todos los días con mi habitación y con muchas cosas a lo largo del día y así, todo va mucho mejor, creedme.

Michael Jordan dijo una vez: “Visualicé adónde quería ir, qué tipo de jugador quería ser; sabía con exactitud adónde llegar, qué quería obtener, me concentré en conseguirlo y... ¡lo logré!

Y yo os digo ahora, desde aquí donde me encuentro, que si algo sucede en tu vida, será por ti.

Espero que os llegue el mensaje...

De repente una sirena rompió la conversación y, tras el sonido de un cerrojazo, un “Buenos días, Susana” hizo que la muchacha cayera de su nube y volviera a la realidad de SU VIDA AHORA.



## TERCER PREMIO

**A veces el amor mata**De M<sup>ª</sup> Jesús V.M.

Ella, que de sus ojos siempre desprendía un brillo especial, irradiaba felicidad. Estaba enamorada.

Ahora sus ojos ¡tienen un brillo tan diferente!, brillan como el vidrio, ¡esconden tanta tristeza! y una pena que aunque quiere ocultarla no puede.

—¿Por qué ya no eres la misma de antes? ¿Qué te ha hecho cambiar? ¿Dónde está esa mujer dulce, con esos ojos preciosos, que irradiaban felicidad? Dime, hija mía, ¿qué es lo que te pasa? Ha cambiado tu actitud, siempre estás a la defensiva. ¡Soy tu madre! A mí no me puedes engañar, conozco todo de ti. También veo cómo ocultas tus heridas, moratones en tu rostro, lo ocultas con maquillaje. Y toda tú, se va deteriorando como una flor que se marchita cuando no le echas agua.

¿A dónde se ha ido tu belleza? Tú que siempre ibas preciosa, te gustaba tanto ponerte bonita.

Ahora ya no te dedicas tu tiempo, ahora solo vives para él. Ya no me llamas todos los días por teléfono, como solías hacer. Me decías: ¿Qué tal te ha ido el día, mamá?

Quedábamos para tomar café, todo en ti era alegría, eras tan positiva. ¡Tan segura de ti misma! Esa seguridad que se ha ido esfumando con el paso del tiempo. Dime, hija mía, de mujer a mujer, soy tu madre y quiero que sepas que siempre voy a estar ahí para ti.

¿Recuerdas? De pequeña querías ser doctora, te encantaba jugar a los médicos y, cuando tuviste edad para ello, empezaste a estudiar medicina. Decías que tenías que ser la mejor. Y por estar con él dejaste de estudiar, ¿crees que ha merecido la pena? ¡Qué ironías tiene la vida! Ahora tú te curas tus propias heridas, heridas que no las cura ni el mejor doctor, esas heridas se clavan en el alma. Háblame, hija mía, dime la verdad.

—Madre, como bien dices, a ti no puedo engañarte y necesito desahogarme. Cuando él entra en casa, yo entro en pánico, pues no sé lo que me espera. Para él, hace años que todo lo que digo o hago, está mal.

Ayer le comenté que me gustaría retomar mis estudios de medicina y su respuesta fue una bofetada, que era una cualquiera. Me agarró del cuello y me llevó ante el espejo, me dijo: “Mírate cómo te has arreglado para ir a matricularte, pareces una cualquiera, solo quieres lucirte para que los hombres te miren. Tú no vas a retomar nada. ¿Me oyes? Tú debes estar en casa y obedecer a tu marido”. Me quedé tan mal que a veces pienso que lo hace por mi bien, madre.

—Eso no es así. ¿Te estás escuchando, hija mía? Ni tú ni ninguna mujer se merece que la traten mal. Hija mía, se me rompe el corazón al escucharte, apártate de ese monstruo. Vente a casa, conmigo, las dos juntas. Hija, veo en tus ojos tanta tristeza. Tus ojos hablan a través de ti y lo que a ti te hace daño a mí también me lo hace.

—Madre, soy tan infeliz. ¿Cómo se cura un alma que era de cristal y ahora se rompió en mil pedazos?

Aquel hombre con quien me casé, aquel que me prometía la luna, aquel que yo pensaba que era el hombre de mi vida, resultó ser un monstruo sin sentimientos. Ese monstruo se apoderó de mí, me golpea, me humilla, me insulta. Madre, no me deja ser yo misma. Ya los golpes no me duelen, me duele el alma. Hace tiempo dejé de quererle, por la forma en que me trata. Él lo sabe, pero en vez de dejarme ir, me dice que soy solo suya, que nadie me va a querer como él.

—¡Madre!, ¿eso es amor? Golpearte sin parar y humillarte.

—¡Claro que no es amor!, hija mía.

—¡No puedo más, madre!

—Hija, yo no voy a permitir que ese ogro sin sentimientos te vuelva a poner la mano encima. Te vendrás a casa, le pedirás el divorcio.

Así lo hizo. Fue a su casa acompañada de su madre; él estaba sentado en un sillón en la sala de estar. Ella le dijo que quería el divorcio, él le contestó: “Antes de divorciarme de ti, te mato”.

La madre le dijo: “Ya no la vas a golpear más”. Y salieron las dos de la casa. Él entró en cólera y poseía armas en casa, pues le gustaba la caza y la practicaba mucho. Se dirigió al cuarto y cogió una pistola, salió detrás de ellas. Cuando estaba a un metro de ellas disparó a su esposa, ella cayó al suelo.

La madre, horrorizada, le cogió de la mano y le decía: “Hija, lucha, tú eres fuerte, lucha por tu vida”. Él se quedó mirándola, allí en el suelo, agonizando. Enseguida vinieron las autoridades y la ambulancia.

—Hija, te estás poniendo muy fría, estás helada, tú eres fuerte, no te vayas. Ella clavó los ojos en los de su madre, y con mucho esfuerzo y dificultad, sus últimas palabras antes de morir fueron: “Mamá, estoy cansada”.

Cerró los ojos para siempre, esos ojos que un día desprendieron tanta vida y un brillo especial.

En memoria de todas las mujeres que mueren todos los días, víctimas de la violencia de género.





## FINALISTA

**Olvidar es más fuerte que recordar**

De Beatriz G.C.

Mayo del 2000, Cayetana (1980), después de conseguir un trabajo remunerado en una empresa franco-alemana, con apenas 20 años, aunque no era su primer trabajo. Durante su época de estudios universitarios de Administración de Empresas, cuidó niños, trabajó de cajera en unos grandes almacenes, pero este último trabajo significaba un logro muy importante para ella, porque trabajaría como SECRETARÍA DE DIRECCIÓN de una franquicia ubicada en Cantabria. Sus cometidos, entre otros, serían desde coger el teléfono hasta realizar contabilidad, pasando por impuestos, seguridad social, control de stocks y un largo etc.

Nunca pensó que ese puesto de trabajo que consiguió con mucho esfuerzo llegaría a ser su peor decisión en el futuro.

El segundo día que Cayetana fue a trabajar conoció al socio nº 1 de la empresa; el socio nº 2 era su mujer, que nunca aparecía por la empresa. Cayetana se dio cuenta de que el empresario era frío, calculador, maniático, malhumorado... y una veintena de adjetivos calificativos de su personalidad fuera de lo normal.

Aún así Cayetana enseguida se hizo con su puesto de trabajo. Aunque su jefe le gritaba cada día, ella, sumisa, callaba para no perder su trabajo. Inconscientemente la estaba dominando psicológicamente; diariamente él le hacía comentarios machistas, obscenos.

Así pasaron los meses. Ella obedecía sus órdenes. Llegó a tal punto que el empresario cambió el horario de trabajo. Los lunes no trabajaría ningún comercial, solo Cayetana y su jefe, y los demás empleados trabajarían el sábado.

Esta decisión fue premeditada, y además le pidió que le hiciese el favor de presentar la documentación de una licencia de armas; de esta manera le hacía saber que tenía armas en la oficina, que en un futuro lo utilizaría para chantajear y/o atemorizar.

Empezó a ordenarle cómo tenía que ir vestida todos los días (escotes, minifaldas, tacones, etc). Psicológicamente este empresario era muy hábil y Cayetana obedecía cada orden, comentario o decisión. Llegó el día que nunca OLVIDARÁ ni borrará de

su mente, porque olvidar es muy complicado, por mucho que pasen los años. Su jefe decidió cuándo tenía que salir, siempre la última, por supuesto, y era desde ese momento la encargada de armar la alarma. Allí sucedió algo que ella no esperaba, que nunca pensó que lo viviría en sus carnes. La primera vez que sufrió una VIOLACIÓN por parte de su jefe y seguido la amenazaba con pistola de tamaño de un puño, por que no denunciase ni contase nada a nadie y le hizo sentirse aún más sucia, cuando lanzó un puñado de billetes y la obligó a recogerlos y guardarlos para que los disfrutase a su salud.

Así pasaron los meses, semanas, años, con multitud de violaciones en el trabajo. Ella callaba, sufría en silencio. Fue tal impacto en ella que hasta lo veía normal y lo veía que formaba parte de su trabajo, y la callaba amenazándola con un arma y con dinero en mano.

¿Os preguntáis si hubo algo más? Pues sí, ella sufrió 5 abortos, él no quería embarazos, así que a golpes, alguna paliza, pago de clínicas privadas de interrupciones de embarazo, etc. Después de unos largos 14 años trabajando en esa empresa, cerrada en su mundo, psicólogos, psiquiatras, Cayetana muy atemorizada, denunció, aunque esta decisión le costaría muy caro.

Jamás pensó que sería tan caro el interponer una denuncia. Ella denunció, no podía más con este situación. Ella veía que perdía su vida, su salud. Con la ayuda de un asociación de mujeres maltratadas, con pruebas, con documentación de pagos de abortos por parte del empresario, facturas, dinero y manchas de sangre en la ropa, todo estaba documentado... Pero a los pocos días de denunciar, él cumplió su venganza con la que tantas veces la había amenazado.

La denunció por robo de dinero metálico de la empresa y llegó a completar la denuncia con una cantidad de 600.000 €. Se demostró que la empresa solo tenía beneficios de 20.000 € al año y la denuncia se documentaba por robo de este dinero durante 4 años consecutivos, cuando en ese tiempo no se había facturado ni una cuarta parte de esa cantidad.

La denuncia se llevó a cabo por lo civil y lo penal; por lo civil, por demostrar un despido procedente porque sabía que si el empresario ganaba ese juicio, el otro sería pan comido. A Cayetana todo su alrededor se le complicaba. El mismo día del juicio civil, para demostrar que su despido era improcedente, en la puerta del juzgado su abogado renunciaba a defenderla, alegando que no había tenido suficiente tiempo para preparar su defensa (había pasado más de un año) y la sala no aprobó suspender el juicio para poner otro abogado, así que ella como pudo, sin abogado, se defendió en el juicio, y

claro está, la parte contraria con su abogado, y ella en un mundo en que no se había desenvuelto nunca, sin apoyo de un letrado.

Tras bastante tiempo de recursos, alegaciones y demás papeleos... se cumplió su venganza. Ella ingresó en prisión, sin que el Ministerio Fiscal pidiese cárcel, y la denuncia interpuesta por Cayetana se resolvió con ABSUELTO el empresario. Cayetana tuvo que pagar 8.000 € y 1 año de prisión.

La frase que ya su exjefe le dijo antes de entrar en prisión “No eres para mí, tampoco para nadie”, cumplió su venganza. Cayetana cumple más de 6 años en un centro penitenciario más un año por la denuncia que ella interpuso y se la dieron como falsa.

Fatídico 19 de mayo del 2000, consiguió su trabajo ideal, terminó siendo su peor pesadilla, cárcel y, sobre todo, MADRE a la que alejan de sus hijos, su peor condena. Cayetana cumple aún condena en la cárcel.



## FINALISTA

### EL CAMINO

De Pilar Rocío E.Y.

Llevo aquí entre estos muros toda una pequeña vida. Pero mi mente, ese increíble órgano de nuestro cuerpo, lo que le da sentido al ser, es alucinantemente libre. Déjame que te cuente sobre este mi camino que me motiva y me mata. Déjame que te diga cómo desde aquí, llegué a darme cuenta de algo que siempre supe pero ahora lo veo tan claro; no importa si mi cuerpo vive en un WC de 3x4, pues mi mente es incorruptible viajante. Aunque solo me queden el cielo y los árboles soy libre, incluso más de lo que fui en otros momentos de infernal libertad física.

Déjame que te cuente sobre la vida y el diablo. Sobre la muerte calmada, sobre el recuerdo de una voz en un tango. Sobre el amor, sobre el tiempo, sobre la ansiedad y la nada. Antigüamente cuando un bebé salía por fin del sitio que echaría de menos muchas veces en su vida, el cálido y acogedor útero materno, lo primero que recibía de su nuevo entorno era un azotazo en el culo de “bienvenida, pequeña”. Y después de su primera toma de oxígeno, el grito de la criatura, la primera expresión de un inocente.

Ese grito que se repetiría en su paso por este mundo hostil y despiadado. Anya, ese fue el nombre con el cual llamaron a la pequeña.

Anya está perdida, Anya no tiene un tótem guía, Anya está sola, Anya es autodidacta, Anya saca conclusiones, Anya sabe que será dura la batalla, Anya solo quiere que la abracen con calidez y sinceridad y sentirse protegida por un momento. Anya crece deprisa, deprisa...

Mientras Anya trataba de desenredar sus neuronas sentía una creciente tristeza, se sentía a merced de las olas de un mar aterrador sin ver un atisbo de tierra, una sombra enorme se cernía sobre ella. Eran sus diablos, pequeños demonios que vamos amamantando sin darnos cuenta por el camino. Este diablo mostraba sus dientes pensando que esta alma era fácil de manipular. Sí. En su piel llevaba tatuado el símbolo de la contradicción, y ocurrió que tomó demasiadas malas decisiones y cayó en un interminable pozo sin fondo. Mientras caía en la oscuridad de los venenos que matan se decía a sí misma “Aún no estoy muerta, no estoy muerta, madre, ayúdame”. Anya chillaba y gritaba las mismas frases

como si fuera un mantra. No se sabe ni cómo ni por qué, pero parece que pidió y se le otorgó una oportunidad. Aún con los ojos cerrados, tirada en el barro se oyó una voz que lo llenaba todo: “Anya, has mostrado poco apego a la vida, sé que lo has pasado mal, has pedido y se te ha dado una oportunidad. No estás muerta pero lo estarás pronto si no eliges con el corazón, con toda su sensibilidad. Anya, pronto saldrás de este estado, la línea entre el consciente y el batiburrillo de imágenes inconexas donde tus neuronas bailan al son del caos”. Anya entreabrió los ojos dándose cuenta de que habían pasado treinta años, entre barro y sangre. Se puso en pie y siguió un sendero, recordando las fantasmales voces: “Solo hay dos puertas al final del camino, siéntelas y decide”.

Siguió caminando dejándose llevar por su instinto, la razón también la acompañaba. Llegó ante dos puertas al final del camino. Cerró los ojos dos minutos y abrió sus sentidos. En un momento volvió a sentir todas las lágrimas, sonrisas, errores, amor y abrió los ojos confiando en esa pizca de sabiduría y percepción que esos años le dieron.

Las puertas, una al lado de la otra, pero muy distintas. A su derecha había una puerta fastuosa, como si la hubieran bañado en oro. Obviamente era así para atraer a las almas perdidas. Desde afuera se oían risas, sus canciones favoritas, seguro que allí lo pasarían muy bien. Dio un paso hacia delante pero frenó su impulsividad cuando miró a la puerta de al lado. La puerta de la izquierda era de madera de palo de rosa. Al acariciar las filigranas en ella talladas se fijó en sus manos marchitas. La puerta dorada la atrajo de momento, pero se dio cuenta de que allí ya había estado estancada sin ver la luz del sol. Volvió a fijar su atención en aquella puerta de noble madera, con grabados maestros dignos de un rey. Desde adentro se oían las chispas de un fuego que cantaba una melodía en silencio, un bebé lloroso y una voz aterciopelada de color rojo que fue calmando ese llanto.

Anya quedó prendada de lo que le ofrecía esa puerta. Su intuición le dejó ver la calma de los dioses, la fe en la vida, y eso que a ella siempre le faltó, un neonato, un ser en busca de amor, apoyo y guía... calor, protección. Desde las mismas entrañas supo en ese preciso momento que no importa si lo das o lo recibes, pues es un camino de ida y vuelta. Abrió la puerta de madera y jamás sabremos lo que vio. Pero por su expresión antes de desaparecer allí dentro diría que encontró la calma más soñada, esa libertad que sale por los ojos y se dibuja en el cielo. Vida, crecimiento, experiencia y amor, sobre todo, amor...

Fue la mejor elección que Anya hizo en su vida.

Solo me queda decir que si te falta algo, si aunque eres libre te sientes preso de ti mismo, busca tu identidad, busca tu puerta antes de que pasen treinta años, y decide, solo tú puedes.

## FINALISTA

**Juguete roto**

De Montserrat S.C.

¿Y aún sigo pensando si algún día podré entenderlo? Todavía, después de treinta años, tengo esa pregunta y muchas otras.

¿El por qué me hicieron eso? ¿El qué hice yo? Y la más antinatural desde mi punto de vista:

¿Cómo el que siempre dijo que era mi padre, pudo obligarme a callar eso y a perdonar al que me lo hizo?

Hoy en día sigo sin entenderlo y haciéndome daño en mi interior, lo tengo tan presente como si fuera ayer. ¿Será así de por vida? También es otra la pregunta que todos los días me hago y me doy cuenta de que llevo haciéndomela treinta años de mi vida, ¡30 años, sí!

Voy a empezar a contar, lo que para mí creo que me marcó la vida y, quizás, me hizo hacer cosas que, hoy en día, pienso que en otra situación y circunstancias de vida, probablemente, no hubiera sido así.

El Monstruo, para mí, es el que sigue siendo el marido de mi hermana y la sombra de ese monstruo, mi padre.

Desde que tenía seis o siete años, recuerdo que el Monstruo se ponía a hacerse tocamientos frente a mí siempre que veía oportunidad. Recuerdo cómo me decía: “tócame, que te va a gustar”. Es una frase que cuando la recuerdo, a estas alturas, aún lloro y se me ponen los vellos de punta. Luego tengo ligeros recuerdos de cómo me tocaba e incluso haciéndome sexo oral.

Esto llevo once días intentándolo contar. ¿Por qué siento vergüenza? ¿Por qué?

Es como algo que araña mi interior, pues así, en esa época de los 80 a los 90, viví siendo una niña que no entendía ni sabía cómo explicar.

El peor día que recuerdo fue cuando mis padres fueron de viaje a USA y me dejaron en la casa de ellos, otra vez. ¡Mi peor día! Mientras yo dormía, sentí un fuerte dolor, a la vez que un olor, que me daba pánico. Era el Monstruo, intentó violarme después de, sabe Dios, ante lo que me hizo o se hizo él. Yo tenía en mi barriga un líquido

espeso blanco, parecía... mejor, lo dejo a vuestro entender. Ese día, lloré y desperté y me dijo: “NO SE LO DIGAS A TU HERMANA” y se fue. Yo me fui corriendo a casa de otra hermana mía que vivía a dos pasos de la casa del Monstruo y se lo conté, y ya me quedé en su casa. A los días, llegó mi padre del maldito viaje y le contamos todo lo que estaba pasando.

Habló con el Monstruo. Se lo reconoció y Él lo perdonó. Acabó su problema y empezó mi locura. Sí, MI LOCURA.



## FINALISTA

**Mi lado oscuro**

De Rosalba S.

Me llamo Mariposa. Es una tarde muy calurosa que me quita la respiración. Estoy sentada en una acera y mi cuerpo está negro, sucio, toda mi piel está completamente ennegrecida...

.....

En el año 2005 llegué a Málaga con mis hijos de 10 y 7 años. Después de 22 años de matrimonio había comprobado que ya no estaba enamorada de mi marido, un hombre infiel. Él no compartía nunca nuestras vidas, así que decidí pedirle el divorcio y seguir criando a mis hijos sola.

Después de 5 años viviendo en Menorca (Baleares), decidimos mudarnos. Me enamoré del clima de Málaga: muchos turistas, gente cálida y simpática...

Tenía pareja, amigos de mi infancia que tenían una pizzería italiana y que me ofrecieron trabajo de camarera, por lo que nos pudimos instalar en un piso. Un día una pareja, que venía a menudo a comer al restaurante, me ofreció trabajo de copiadora en su inmobiliaria y acepté. Mi jefe se llamaba Ramón.

Yo estaba muy contenta viviendo sola con mis hijos y con mi nuevo trabajo, ya que, por primera vez en la vida, me sentía libre. Además mi jefe me ofreció ir a vivir con mis hijos a un pequeño chalet con piscina por un precio razonable y, por supuesto, acepté.

Estábamos todos muy felices y todo iba de maravilla. Los años pasaban y me desarrollaba muy bien, pero una vez me presenté en el trabajo y la puerta estaba cerrada, cogí las llaves y no conseguí abrir, era evidente que habían cambiado la cerradura. Me quedé bloqueada, no sabía qué hacer, entonces cogí el coche y me fui para mi casa donde llamé a Ramón, pero el teléfono estaba apagado. Mis hijos estaban con el padre de vacaciones y, en mi desesperación, empecé a beber alcohol, sentía cada vez más rabia e impotencia y seguí bebiendo...

Recibí una llamada con número oculto, la voz de un hombre me dijo que Ramón estaba fuera y que cerraba la oficina por un problema fiscal, después colgó.

Me entró pánico, no sabía qué hacer, así que al día siguiente cogí las últimas nóminas y me fui a la oficina de empleo. La empleada me miró a la cara y me dijo que las nóminas eran falsas, no había cotizado ni un solo día. Me temblaban las piernas, tuve que sentarme, me puse las manos en la cabeza y empecé a llorar, una señora me ofreció agua. Cuando me sosegué un poco me metí en el coche y marché para mi casa. Después de media hora llegó mi amiga y me tranquilizó.

Terminé poniendo una denuncia, me mudé a un piso con mis hijos y seguí mi vida. Al cabo de un mes mis hijos volvieron a irse con su padre unos días, por lo que decidí ir a ver si Ramón estaba en su casa, pero todo estaba cerrado; entonces decidí ir a comprar muchas velas y alcohol para beber. Me encontraba bebiendo frente al chalet de Ramón, la ventana de la cocina estaba un poco abierta de modo que entré y empecé a poner velas encendidas por toda la casa. Seguí bebiendo y, sin saber cómo, toda la casa se estaba quemando.

Llegaron los bomberos, me encontraron borracha, sentada en la acera, mirando el espectáculo...

.....

Cuando salí del calabozo me fui para mi casa, me duché y descansé. Por la tarde llegaron mis hijos y, gracias a Dios, no notaron nada.

Seguíamos con nuestra vida y yo sabía que tarde o temprano tendría que entrar en la cárcel. Después de dos meses me llamó Ramón pidiéndome el favor de que fuera a verlo al hospital de Málaga, pues estaba enfermo terminal de cáncer. Al día siguiente me presenté en su habitación, estaba delgadísimo, era todo piel y huesos, con barba, sucio, con pañal; tuve que salir para que no me viera llorar.

Cuando me acerqué quiso abrazarme pero apenas tenía fuerzas, así que yo fui quien le dio el abrazo. Lo lavé, le corté la barba, las uñas, el pelo y le di de comer. Cuando terminó me cogió la mano y se quedó dormido.

A veces me quedaba por la noche. Me pidió que fueran a verlo los niños y le dije que sí, que no se preocupase. Esta completamente solo, nadie iba a visitarlo y de este modo estaría rodeado por una pequeña familia que a pesar de todo lo quería. Después de tres meses se murió en mis brazos.

Pasó un tiempo y un día me llamó mi abogado para comunicarme que el caso estaba archivado por el fallecimiento de Ramón, el dueño del chalet.

Aún me salen las lágrimas al recordar a Ramón, al recordarlo todo: mi lado oscuro.

Pero hoy empezaré una nueva vida, hoy será un nuevo comienzo...

## FINALISTA

**Lágrimas encadenadas**

De Ivonne V.P.

La luz del sol mezclada con la niebla anunciaba un nuevo día. Ana, como cada mañana, se levanta con una sonrisa, aunque con una carga de agotamiento sobre su espalda. Conoce su rutina y la repite día tras día inconscientemente; podría hacerlo sin ni siquiera utilizar sus ojos, lleva años haciéndolo. Levanta a sus cinco hijos y prepara el café de su marido José, un hombre exigente, con manías absurdas y leyes sin razón, las cuales debe recordar; son mandamientos en su cabeza y una de tantas es no despertarlo hasta que el café esté hecho y los niños estén listos.

Después de casi dos horas y tres autobuses, todos están en el colegio y la guardería. Suspira cansada y aliviada; ha conseguido que todos lleguen a su hora. Pero el día para ella acaba de empezar... Sus mañanas son una mezcla de delincuencia y angustia, buscando conseguir algo que vender y obtener dinero, antes de que sus niños salgan de la escuela. Así lleva ocho años y siente cómo se consume día a día, sabe que no puede llegar sin dinero a casa.

José la espera y no aceptará ver sus manos vacías. Eso la tortura, pues ella estaba llena de sueños, siempre fue muy estudiosa y fantaseaba con ser T. Social; nunca pensó que esa sería su vida, presionada y conformada con el miedo que le producía ese hombre del que se enamoró ciegamente cuando tan solo era una niña.

Suena el teléfono y apresurada contesta al ver un número desconocido. Le habla una mujer con voz fuerte y le cuenta que han detenido a José. No entiende nada, solo corre con todas sus fuerzas, sin poder evitar llorar a pesar de que todo el mundo la observa. Al llegar le informan de su inminente entrada en prisión, pues se encontraba en un punto de droga en el que habían hecho una redada y constaba una orden de arresto a su nombre, ¿Cómo podía ser? José le había jurado que ya no se drogaba. Algo en Ana se le removía, una mezcla de dolor y rabia llenaban su alma, mientras rogaba “no os lo llevéis”. ¿Qué iba a hacer?, se preguntaba. Su rutina por primera vez cambiaba y eso le hacía sentirse perdida, no sabía caminar sin él, o eso creía.

Los meses transcurrieron teniendo que mantener un hogar, unos hijos y los repetidos caprichos de José, que produciendo pena en ella acababa consiguiendo. Por más que luchaba no daba salida a ese bucle que la empujaba a un vacío del que quería huir.

Un día de primavera, la cuerda tensada se rompió. Ella se encontraba donde José; hacía ocho meses le habían detenido por robo continuado, solo rogaba que su destino no fuera el mismo. ¿Qué sería de sus hijos? ¿Quién peinaría las melenas de sus niñas o jugaría al fútbol con sus hijos? Mil preguntas rondaban su cabeza y con cada una de ellas más le faltaba el aire. Llegó la mañana pero no fueron los rayos de sol los que despertaron a Ana, sino un grito profundo de un policía. La llevaban ante el juez. Sentía cómo su corazón latía y su cuerpo temblaba. Comenzó el juicio, hablaban y no lograba entender nada, los nervios la bloqueaban y de repente oyó: “Decreto su entrada en prisión”. Algo en ella murió ese instante.

Los días y las noches pasaban sin poder evitar llorar y llorar. Temía cada paso que daba. Todo era desconocido, nunca había estado fuera de “su burbuja” (los niños, su marido y ella) y eso le hacía sentirse insegura. Su única fuerza era pensar que José estaba allí y él la cuidaría. Ese día llegó, fue la primera vez que se permitió sonreír, lo iba a ver, él sería su apoyo.

Se alisó su melena castaña y, después de muchos años, pintó sus ojos. Se sentía hermosa; en aquella sala de vis a vis, se sentaba, se levantaba, los nervios la recorrían. De repente se abrió la puerta: ahí estaba José, por fin, algo le recordaba a su hogar, alguien la abrazaría... Pero no fue así. Comenzó a insultarla, a gritarle “Putá, date el pelo” mientras le tiraba de él. Sus leyes seguían existiendo en esos muros y ese día que tanto había deseado se convirtió en el principio del fin. Las semanas pasaban y Ana veía cómo toda esa tristeza la consumía. La soledad le permitió pensar y comenzó a analizar cada detalle que él tenía con ella, sus golpes, sus leyes, y comenzó a dudar si eso que sentía su corazón era miedo o amor. Observaba a sus compañeras felices al ver a sus parejas y ella temblaba al no saber si le daría un beso o un bofetón. No entendía por qué a ellas les decían cosas bonitas y las cuidaban. Ella había sido una buena mujer, limpiaba, cocinaba y criaba a sus hijos, hacía todo lo que él le había enseñado. Durante meses esas preguntas ocuparon su cabeza y la nostalgia de la sonrisa de sus hijos le hacía caer en lágrimas cada noche. Un día en ese patio, donde el único color era el cielo que lo sobrevolaba, una mujer leía una carta; le decían que la querían, que era bonita y, como si un empujón del destino la llevara, se acercó. Un cuchillo enorme le traspasó el corazón, pues la letra era de José, ese que nunca la valoró, escribía palabras de amor a otra mujer. Lloró toda la

noche, incluso pensó en acabar con su vida, pero el coraje ganó a la tristeza, se levantó y juró que nunca la volverían a humillar, que nadie frenaría sus pasos; emocionada se prometió cumplir su sueño de ser T. Social, se formaría y lucharía por su libertad, por volver a dormir con su tesoro más valioso, “sus hijos”.

Pasó el otoño y cada hoja que caía era un recuerdo malo que dejaba atrás. Aprendió a mimarse, a ponerse ropa que le gustaba y, poco a poco, sentía cómo cogía fuerza, cómo sus alas crecían. Se sentía bella por primera vez en mucho tiempo y, sobre todo, muy fuerte.

Un día Ana oyó su nombre, era una carta para ella. ¡Cuál fue su sorpresa al ver que era de Javier, un antiguo amigo de José, que siempre venía a casa y muchas veces lo calmaba! Por curiosidad, cariño o una intuición, la cogió. Cada palabra la sorprendía más, pues en ella le confesaba el amor que siempre había sentido por ella y por respeto había callado. Después de esa carta vino otra, otra y otra...

La oscuridad que nublaba a Ana, las manos que se rebelaban contra los hierros que la ataban a su ser muriendo por la nostalgia o la incompreensión, todo desaparecía carta tras carta. El destino le había mandado un Ángel hecho hombre, con un destello de esperanza y comprensión impregnado en él. A Ana le costó reconocerlo, porque el miedo a caer de nuevo y terminar de partirse frenaba sus pasos, pero él no se dio por vencido y sus alas la arroparon y con la pureza de su alma cautivó su ser convirtiendo la oscuridad en luz. Esas alas habían construido desde el dolor, se unieron a las suyas y se volvieron una elevándolos en el cielo.

Cada día aprendía una nueva sensación, una caricia con dulzura, una mirada de complicidad. Todo era nuevo para ella.

Han pasado ya dos años desde que Ana conoció a su ángel y no hay día que su luz no la alumbre. De la mano saltan las piedras del camino y por fin Ana entendió que amor no es aguantar, sino disfrutar, no es atadura sino decisión de compartir, no es obligación sino emoción y, aunque los muros la siguen rodeando, por primera vez en su vida se siente “LIBRE”.

La historia de Ana, “Mi historia”, es más frecuente de lo que la humanidad proyecta; está en cada humillación por ser mujer que vivimos a diario y aceptamos en su mayoría, sin darnos cuenta de que solo el hecho de ser mujer ya es valioso y no deberíamos dejar de luchar nunca por nuestra libertad como mujeres. No hay leyes que aten o roben la libertad, solo nosotras permitimos si la pisan o no.



## FINALISTA

**La Guerrera sin escudo**

De Sonia A.D.

En esas horas de la noche ya sabía Claudia que no cogería el sueño. Esa noche su cabeza estaba llena de recuerdos, empezando con los de su familia, con su influencia. Recordaba esa cara risueña de su abuela, esa mujer a la que tanto quiso y tanto la ayudó. Y ese olor inconfundible, cuando la abrazaba después de una de tantas palizas de su madre que le daba a ella o a algunos de sus hermanos sin motivo aparente. Le decía cuánto la quería, la verdad es que su abuela era como un ángel para ella.

Todo se agolpaba en su cabeza, el maltrato de su madre, la mala vida que les dio a ella y a sus hermanos y la poca atención de su padre, al que ella veía como un héroe que al final la salvaría, pero nunca llegó.

Tantos buenos recuerdos y vivencias con sus hermanos, que después se desvanecían al recordar esos malos recuerdos, los momentos en que los vio con sus ojos cerrados sabiendo que nunca los abrirían, ya solo le quedaba su pequeña hermana a la que quería a rabiar.

Y otra vez su cabeza. Miraba al techo de su celda, ese lugar tan frío y con tantas historias de vidas pasadas, tantas penas, llantos y algunas alegrías.

Miraba al vacío y pensaba en sus hijos, en su ausencia y en la falta que les hacía a ellos.

Zaira, su bella hija que a sus 22 años siempre había luchado a la vera de su madre, tan alegre y guerrera, le recordaba a ella de joven pero menos alocada y muy responsable desde pequeña.

Alfonso, ese niño que con 12 años la tenía loca, tan guapo, bueno, inocente y responsable. Era muy noble de corazón y en eso también le recordaba a ella. Sus hijos eran y habían sido el motor el pilar, todo por lo que luchar. Pensaba en cuánto había tenido que pasar para criarlos sola, intentó que nunca les faltara de nada, sobre todo amor.

Los educó lo mejor que pudo o que supo. Se sentía satisfecha y, sobre todo, orgullosa por aquello en lo que se habían convertido, en dos grandes personas.

Se sentía culpable por todo lo que había tenido que ocultar a sus hijos y hermana, que eran su pequeña familia, pequeña pero lo más valioso. Esa relación tóxica que tuvo con el “Innombrable, el que decía amarla más que a nadie, le hacía creer que nadie la querría más que él y ella lo creyó.

Por lo menos sabía que esos muros la mantenían a salvo de su verdugo, ese que la destruyó, la anuló. Recordaba esa última paliza en la que Claudia no pudo más y lo denunció. Algo le dijo en su cabeza que si no lo hacía al día siguiente estaría en las noticias, una mujer muerta más en manos de su pareja.

Ella estaba acostumbrada a que cada semana le hicieran sentir la mejor mujer, la mejor madre y amiga para después, cada vez más frecuentemente, volver bebido y empastillado. Entonces el miedo la paralizaba, ya que en su casa veía al mismísimo Diablo. Ella ya sabía lo que venía después, golpes e insultos.

Cerraba los ojos y esperaba a que todo terminara, no sabía cuándo pero siempre paraba para después volver a empezar de cero.

En ese momento miró a la ventana con barrotes y en la oscura noche vio un avión que se alejaba. Algo dentro de su corazón y su cabeza cambió. Pensó en la esperanza, en las ganas de vivir de nuevo, de volar y, sobre todas las cosas, volver junto a sus hijos, pero estaba segura de que dentro de ella había empezado una guerra y lucharía hasta ganar sí o sí. Sabía que tenía que quererse y valorarse para poder tener una vida satisfactoria y nuevos desafíos que ella intentaría superar. Entre esos muros cayó mil veces, pero las dulces palabras de sus compañeras que se habían vuelto “Grandes amigas” e indispensables la levantaron, amigas que, al igual que ella, estaban allí por algún fallo cometido en el pasado. El de Claudia fue de varios años atrás. Ella no sabía que estaba reclamada y la noche que denunció al “Innombrable” ingresó en prisión. Ahora, después de siete meses, ve las cosas de otra manera, que todo pasa por algo, que entrar le salvó la vida.

Por fin Claudia se durmió con una sonrisa en su rostro.

Aprende a quererte porque ser mujer significa sentirte bien contigo misma para poder querer y que te quieran. Porque ser madre es saber y querer lo mejor para tus hijos, amarlos y protegerlos, ser el mejor apoyo para ellos. Porque no te hace falta un falso príncipe que te domine, que te anule hasta que llegues a decir “sin ti no soy nada” o “sin ti no valgo nada”.

Porque de los fallos y palos se aprende. Al fin y al cabo depende de nosotros utilizarlos para nuestro bien.

Aprende y nadie podrá contigo. Si te caes alza tus alas y vuelve a volar, vuela, vuela alto y cada vez más, porque al fin y al cabo la vida es tuya, que nadie te la robe.



## FINALISTA

**Carta a un niño que nunca nació**

De Patricia S.N.

Quiero dedicar estas líneas a todas aquellas mujeres que sé que me juzgarán con la mirada, hablarán a mi espalda y me señalarán con el dedo por mis decisiones.

Las primeras palabras que quiero decirte, hijo mío, son “*lo siento, perdóname*”. No sé de qué forma explicarte todo lo que siento dentro de mí, la cantidad de sentimientos y sensaciones enfrentadas en mi ser.

Ayer, cuando me dijeron que estabas dentro de mí, toda mi vida pasó por mi mente como un fogonazo, las lágrimas inundaron mis ojos, el médico pensó que eran de alegría... ¡Ay! Si él supiera... Si ellos pudieran entender... Si pudiera hablar con alguien, recibir apoyo, comprensión... Pero no, no puedo, este sufrimiento debo llevarlo sola, no puedo hacer que otros carguen también con este peso.

Mi amor, mi niño, hoy me he permitido imaginarme cómo sería la vida contigo. Sé que soy una buena madre, no tengo dudas de eso, y tú, mi hijo, serías un niño precioso. Tendrías el pelo rubio y rizado como yo y los ojos azules como tu abuelo. Tu piel sería muy blanca y suave y con ese aroma que solo los bebés desprenden y que es tan característico de ellos. Tendrías una sonrisa tan dulce que suavizaría hasta el corazón más duro, y en casa, tirada a tu lado en el suelo, jugaremos juntos y cuando me mires y me sonrías, tu sonrisa hará que se pare el mundo, y que solo tenga sentido ese momento entre nosotros, y en ese instante sabré que mi vida estaba destinada solo para ese momento, para conseguir esa sonrisa.

Después pasarán los años, felices nosotros dos solos, y poco a poco, día a día, veré cómo te conviertes en un guapo adolescente. Empezarás a alejarte poco a poco de mí, empezarás a salir con amigos y en poco tiempo conocerás a alguna chica preciosa a la que traerás a casa y yo tendré que debatirme entre dos frentes.

Por un lado tendré que aceptarla por el amor que te tengo a ti.

Por otro lado estaré celosa de la mujer que me robará el amor de mi hijo, pero es ley de vida y lo aceptaré con resignación.

Con el tiempo, serás un hombre, te habré educado para que seas trabajador, bueno y respetuoso, te mostraré la diferencia entre el bien y el mal y te guiaré por el buen camino mientras estés a mi lado y, cuando ya estés casado y tengas hijos, el ciclo volverá a comenzar con mis nietos.

Todo esto pasa por mi mente en un solo momento, son solo unos segundos, algo fugaz, pero que se clava en mi corazón y duele, y justo entonces entiendo que nunca nada de lo que pueda pasar en mi vida podrá superar ese dolor. Entonces mis manos se posan en mi vientre. El segundo médico, el que me ha visto hoy, me ha dicho que aún no eres un niño, que solo eres un conjunto de células sin forma definida, sin conciencia, sin sentimientos...

Después me ha explicado cómo será todo y me ha asegurado que aún no tienes conciencia de nada de lo que pase a tu alrededor.

Cuando he salido a la calle no he podido evitar pensar en ti. ¿Seguro que no sentirás nada? ¿Cómo puede estar tan seguro? No puedo apartar de mi mente, cuando llegue el momento...

¿Sabrás que se acerca tu fin, a la vez que se aproxima a ti un tubo que va aspirando todo a su paso? ¿Te dolerá? Cuando ese aspirador empiece a succionar tu cuerpecito ¿Llorarás? ¿Gritarás mientras rompen todo tu pequeño ser y te sacan de dentro de mí succionado por un simple tubo? ¿Me llamarás? ¿Me pedirás entre lágrimas que te deje vivir? Esa imagen tan cruel y dolorosa no quiere salir de mi cabeza, no puedo soportar la idea de que te des cuenta de todo y, mientras ves acercarse ese tubo a tu cuerpo, temblarás de miedo y empezarás a moverte intentando esquivar a la muerte que finalmente y, pese a todos tus gritos y pese a todo tu miedo, te llegará. Y entonces empiezo a llorar. Lo siento, lo siento tanto, amor. Desearía tanto poder tenerte y amarte, besarte y protegerte y no tener que tomar esta decisión tan dura para los dos, sí, para los dos, hijo mío, porque, aunque no lo creas, esto es igual de duro para mí y todo lo que siento en mi interior es una lucha de emociones: amor, traición, desesperación, ansiedad, todo junto con esta sensación de soledad, de tener que decidir yo sola y por mí misma algo tan cruel para ti.

¿Podrás llegar a entenderme? Sé que pido demasiado cuando quiero tu perdón, por eso solo te pido que me entiendas.

Sería la mujer más feliz del mundo teniéndote a mi lado, aunque fuera yo sola, tú y yo contra el mundo sin importarnos nada ni nadie porque solo con el amor entre nosotros sería suficiente para hacer una burbuja a nuestro alrededor en la que nadie podría entrar para hacernos daño.

Pero te ruego, hijo mío, que me entiendas y que entiendas el porqué de esta decisión tan dura que he tomado.

Te quiero, te amo, eso es indudable y, aunque aún no te siento dentro de mí, ya eres parte de mi cuerpo y de mi vida.

Pero soy cobarde y hay algo oscuro en mi interior que guía mis pasos hacia esta fatal decisión, y esa oscuridad dentro de mí me dice que por mucho que te ame no sería capaz de ser feliz y sería imposible que pudiera hacerte feliz a ti, porque cuando nacieras serías el recuerdo de aquella noche.

Cuando fueras creciendo, día a día, vería en tu carita la cara de ese horrible hombre y, cuando viera alguno de tus gestos o de tus rasgos que no fueran míos, sabría que son de él. Cuando preguntaran el nombre de tu padre, no tendría respuesta que dar, y tú, por mucho que te amara, serías siempre el recuerdo de aquella noche cuando volvía a casa por aquellas calles oscuras y aquel desconocido abusó de mí, dejando dentro de mi cuerpo tu vida... Ese hombre, al que veo en mi mente cada vez que cierro los ojos, apretando fuerte los puños cada vez que recuerdo esa sensación de indefensión y vulnerabilidad... Esa noche, de la que solo tú eres el recuerdo, quiero borrarla de mi vida y tú eres lo único que me impide olvidarla.

Por ser débil y no haber podido defenderme aquella noche.

Por ser cobarde y no poder darte la vida que no has pedido.

Por sentir vergüenza como mujer y no haber contado nunca esto a nadie.

Por todo eso, mi amor, mi hijo, quiero pedirte perdón.

Tu madre.



## RELATOS GANADORES Y FINALISTAS 2020

### Primera edición del Premio de Relato Mujeres Que Cuentan

#### **Jurado**

Inés Fernández-Ordóñez

Espido Freire

Javier Moro

#### **Primer Premio**

*Almas (Noelia C.M)*

#### **Segundo Premio**

*No quiero contar números (Ainhoa M.G.)*

#### **Tercer Premio**

*Risas y lágrimas con azúcar (Margarita M.P.)*

#### **Finalistas**

*Carretera de Ayora (Fabiola G.C.)*

*Repite conmigo (M<sup>a</sup> Ángeles S.C.)*

*A los queridos abuelos (Vanesa Yanet R.A.)*

*Todas las mujeres cuentan (Pilar Rocío E.Y.)*

*No somos cosas (Tamiris Rosa L.)*

*Una historia por contar (Mónica G.M.)*

*Impotencia (M<sup>a</sup> Luisa L.V.)*

**Resto de Finalistas**

*Mariposas de Rosas y Espinas (María G.M.)*

*La Soledad (Susana A.M.)*

*Regreso de un permiso (Rosario J.E.)*

*La Marieta (Carmen B.L.)*

*El pájaro soñador (Dalila S.)*

*Mi cicatriz (Tamara F.L.)*

*Mi vida (Natalia C.G.)*

*Cada día sale el sol (Lidia G.D.)*

*Querer es poder (Noelia F.M.)*

*Un ángel en mi vida (Vanesa S.G.)*

*Mi mundo (Antonia M.R.)*

*La súplica de la niña (María L.A.)*

*No olvides (Carolina M.P.)*

## CARTAS DEL JURA A LAS PARTICIPANTES

“Cuando se para el tiempo, no hay nada que nos conecte más con nosotros mismos y los otros que leer y escribir. Escuchar a otros que escribieron en tiempos y lugares distintos al nuestro nos llena e ilumina, y también nos permite aprender y entendernos. Cuando escribís vosotras, sucede lo mismo. No solo os vale como desahogo o vía de reflexión sino que tendéis puentes con esos otros que ignoran vuestros problemas y sentimientos, y que, así, aprenden a conoceros. Para todos hay premio”.

**Inés Fernández-Ordóñez**

“Para escribir algo conmovedor la emoción será siempre el punto de partida: pero para que esa emoción llegue a tu lector hace falta algo más: una expresión cuidada, el vocabulario preciso y un ritmo, un orden que le haga llegar hasta el final de tu texto. Para lo primero, tu vida, tus experiencias y tu propia intuición te guiará. Para lo segundo necesitarás práctica y un poco de reflexión. Tenlo en cuenta, porque muy pronto aparecerá la oportunidad de un nuevo concurso, y para entonces quizás te apetezca contarnos tu historia”.

**Espido Freire**

“Quiero agradecer a todas las mujeres que han participado al Premio Mujeres que Cuentan. Al hacerlo, habéis conquistado un poco de libertad. Libertad de abstraerse de la realidad circundante durante unos horas y escribir lo que os ha salido del alma. Libertad de soñar. Libertad de expresarse. Lo de menos es el premio: todas lo merecéis por el mero hecho de haber dejado volar vuestra imaginación. Os animo a leer y a seguir escribiendo, a seguir volando. Os animo a que vayáis preparando un texto para la próxima edición.”

**Javier Moro**





## PRIMER PREMIO

**Almas**

De Noelia C.M.

Noviembre de un año par:

Ella: Cuando atravesó el umbral de la puerta dejó tras de sí una vida que creía perfecta. Un portazo metálico cortó su respiración y deshizo en pedazos todo lo que había sido hasta ahora. Avanzaba por la pasarela que separaba la vida de la nada con los ojos bien abiertos y un nudo en la garganta, pero la lluvia la obligó a agachar la cabeza y continuar caminando mirando al suelo gris hormigonado, tan hormigonado como la cápsula que envolvía su corazón y que latía chocándose contra sus muros. No podía distinguir entre sus lágrimas y las gotas de lluvia que golpeaban el suelo. Recordó que alguien le había contado que comenzar una etapa con lluvia es signo de buena fortuna, pero en aquel momento no podía imaginar que aquello encerrara ningún tesoro. Llegó al final de la pasarela empapada de lluvia y lágrimas, y aquel tramo se le hizo tan largo como los años que le quedaban de condena. Una puerta tras otra fueron robándole trocitos de libertad hasta quedarse sin ella. Unos guantes de látex azules como el cielo le arrebataron la intimidad y en la última puerta dejó su identidad; sin embargo, la celda 48 le devolvió la paz.

Aquel espacio no medía más de seis metros cuadrados, las paredes de color salmón desconchadas por la humedad portaban la esquila de un viejo periódico de alguien que ya descansaba en paz. Un colchón de gomaespuma sucio y con lunares de colillas mal apagadas eran todo lo que la rodeaba, hasta el miedo se había marchado o quedado atrapado detrás de alguna de aquellas decenas de puertas.

Intentó recomponer aquel espacio como pudo. Extendió sus sábanas blancas recién estrenadas en las que se podía leer en una banda como las de hospital “centros penitenciarios”. Se preguntó por qué lo hacen, quizá para que no olvides dónde estás, pero, ¿quién podría hacerlo? A lo mejor para que no las roben, quién sabe. Se tumbó en la cama y apagó la luz, y por primera vez en su vida, mañana no tenía nada que hacer, ninguna responsabilidad, ninguna preocupación. Entonces encontró con el tiempo y se abrazó a él, porque nadie puede robarte el tiempo.

Él: Era domingo, hacía frío y estaba lloviendo, así que se tumbó a leer el libro que esas semanas se traía entre manos. Las últimas palabras seguían tintineando en su cabeza, “Confía y espera”. Cerró los ojos al mismo tiempo que el libro mientras el sonido de la lluvia aumentaba de volumen trasladando su atención a lo que estaba ocurriendo en el exterior. Algo lo levantó de la cama y lo llevó a la ventana desde la que veía la pasarela que separaba la vida de la nada, enmarcada en la cuadrícula inamovible de las tejas, y la vio cruzar con la cabeza agachada y el pelo recogido en una coleta. Se quedó ahí mirándola hasta que desapareció tras la tercera puerta. Regresó a su cama y continuó sumergido en sus pensamientos.

Enero del año impar:

Estaban sentados formando un círculo, las tardes de los lunes las echarían haciendo teatro, ¿por qué teatro?, pues porque era lo que había y la mejor manera de usar el tiempo es ocuparlo con cosas. Cuando tienes la posibilidad de disponer del tiempo a veces descubres facetas de ti mismo que desconocías, como la actriz, escritora, reportera, bailarina o simplemente cotilla.

Ella observaba todo a su alrededor, escrutando al detalle a cada personaje que se encontraba en aquella sala. Estaba el divertido, que siempre hace chistes y alguno incluso tiene gracia, el tímido que no se atreve a hablar y está ahí para enfrentarse a sus miedos, el pasota que no presta atención, uno con la cara tatuada que si se lo hubiera encontrado en un callejón oscuro se habría hecho la muerta, el porreta con los ojos enchapados, el arquitecto que se llenó los bolsillos de comisiones con su camisa de marca, estaban todos los representantes de la sociedad, porque no penséis que la cárcel es solo para los macarras, aquí estamos lo mejor de cada casa, y creedme, no se salva nadie, hasta la casa real tiene a su representante. Y también esta Él, que con sus casi dos metros de altura y su aspecto de matón de discoteca y filósofo de medievo no pasaba desapercibido. Estaban sentados uno frente al otro, cruzaron sus miradas, pero en ese momento no se reconocieron.

Junio del mismo año impar:

Si se hubieran conocido en otro lugar con total seguridad se hubiesen repelido, durante meses no se habían prestado atención, no tenían nada que ver el uno con el otro, distintas culturas, Él una generación y media menor que ella, distintas vidas, pero el destino, el universo, o llámalo como quieras, a veces tiene un plan y te coloca en un lugar de donde no puedes escapar, y qué mejor sitio que la cárcel, con sus muros altos y su tiempo detenido, porque aquí el tiempo no pasa lento, tampoco rápido, sencillamente no pasa. Y en ese escenario, con algún beso robado detrás del telón, los había colocado en sus vidas, esperando a que sus almas se encontraran.

Una tarde, subidos en aquel escenario que los transportaba a un mundo de ficción más real que el que vivían, sus manos se encontraron y cuando sintieron el contacto de su piel ya no hubo retorno.

A Ella una corriente eléctrica que recorría todo su cuerpo la paralizó. Podía sentir cómo cada una de sus células se activaban y comenzaban a bailar de una forma casi indecente. Sus sentidos se apagaron para centrar toda su atención en lo que ocurría en su interior, invadido de sensaciones nuevas que no reconocía, de las que ni siquiera había oído hablar ni leído en ninguna parte. Sintió cómo su universo explotaba y ella estaba flotando en medio de la nada. Al girarse se tropezó con su mirada y vio cómo sus propios ojos la observaban.

Sonó la sirena que anuncia el recuento de cada tarde y cuando volvió en sí ya estaba delante de la puerta de su celda.

Él no supo por qué lo hizo, qué le llevó a acariciar su mano, pero a veces hay alguien más en nuestro interior que actúa por su cuenta, que sabe mucho más de nosotros que nosotros mismos y que está atento a cosas que para la conciencia son imperceptibles. Algunos lo llaman Ángel de la guarda, intuición, sexto sentido, yo creo que son lo mismo, a mí me gusta llamarlo Alma, esa parte de nosotros mismos que permanece pura, sin prejuicios, sin normas, sin límites y que solo se manifiesta ante unos pocos o en situaciones límite, porque es tan vulnerable que preferimos mantenerla escondida, dormida o encerrada.

El resto de ese año impar:

La cárcel no ha evolucionado mucho desde hace varios siglos, y no me refiero a cuestiones políticas, humanitarias o legislativas, sino a lo que a relaciones sociales se refiere. Instituciones Penitenciarias y la Iglesia hacían buena pareja. Los hombres y las mujeres deben estar separados, muy bien separados, solo pueden compartir el mismo espacio en algunas ocasiones y siempre que estén vigilados y no se arrimen mucho. Para ser novios oficiales deben pasar seis meses, tres enviándose cartas de amor y otros tres hablando durante 40 minutos a la semana con el cristal como profiláctico, y solo entonces la Institución te da la bendición para poder intimar una vez al mes. A Ella le recordaba a las relaciones de antes, donde todo iba despacio porque en realidad eran sus almas las que se comunicaban sin que ninguna barrera arquitectónica se lo impidiera. Aquel escenario les proporcionaba momentos de un placer exquisito que almacenaban cuidadosamente en su memoria para revivirlos una y otra vez hasta el siguiente encuentro. Él había conseguido hacerle un butrón a la cápsula que envolvía su corazón y se coló dentro, instalándose en él para siempre.

Febrero del siguiente año par:

Desde aquel día de junio no dejaban de pensarse, de inventar formas de comunicarse. Sus días dejaron de ser lunes, martes o domingo para convertirse en los días que se veían y los que no. Las cartas, retomadas de casi la antigüedad, eran su medio de comunicación. Descubrieron que son una forma de hablarse despacio, y que lo que se escribe tiene más poder que lo que se dice. Algunas eran incendiarias y les hacían arder por dentro, otras lograban acariciar sus Almas, y con ellas aprendieron a AMARSE, con mayúsculas.

Él estaba en su celda pensando en Ella de la manera que más le gustaba imaginarla. De pronto abrieron la puerta y dejaron en el suelo un petate verde militar que lo alejaría de los solo cinco muros que los separaban, para dejar entre ellos un océano y medio país, otra prisión era su destino y se le encogió el Alma.

Ella estaba lavando en un cubo sus sábanas penitenciarias cuando un nudo se le agarró a la garganta, algo le atravesó el pecho y rompió a llorar, lo supieron al mismo tiempo porque ya habían aprendido a sentirse de lejos. Hay sentidos que solo se desarrollan cuando los necesitas, y ellos necesitaban sentirse.

El resto del año par:

A pesar de la distancia ellos estaban lo más cerca que dos personas pueden estar la una de la otra, en el interior. Puedes dormir con alguien en tu cama y no sentirlo, o dormir a miles de kilómetros y estar metido en su cama. Como el tiempo, la distancia también es relativa, y te das cuenta de cuando uno ya no puede vivir sin el otro. Sus cartas iban y venían y con ellas hacían que el tiempo cogiera velocidad.

El día “D” del año impar:

Todo es temporal y nada es para siempre, como también lo eran sus condenas. Deshacer aquellos pasos, aquellas puertas, fue casi tan difícil como hacerlos, aunque claro, de otra manera. Entrar da miedo, salir da vértigo. Deshacer tu mundo de burbuja y reencontrarte con el viejo, el que dejaste, pero unos cuantos años más tarde, es extraño.

Ella deshacía la pasarela y, a medida que avanzaba, todo se iba deshaciendo a su paso. Como si el hormigón se hubiera transformado en arena fina. Al cruzar la última puerta que da al exterior un nuevo portazo metálico lo hizo desaparecer todo, todo menos a Él que la esperaba impaciente.

La calle tenía otros colores, más vivos, más intensos, o quizá no era la calle, eran ellos, que estaban vivos, los que habían sobrevivido sintiendo con la mayor intensidad, abrazados a su oportunidad como a una tabla salvavidas, porque a veces la vida nos frena en seco para que podamos observar, experimentar, sentir fuerte, valorar lo insignificante,

cambiar el rumbo. Ellos encontraron el AMOR, el verdadero que buscamos todos. Otros encuentran otras cosas. Lo importantes es estar atentos, con el Alma abierta, sin miedos ni prejuicios, porque cada sacudida que nos da la vida encierra una oportunidad.



## SEGUNDO PREMIO

### No quiero contar números

De Ainhoa M.G.

Mujeres que cuentan, mujer que cuenta, toda mujer tiene qué contar y tiene que contar.

Yo quiero contar, pero no quiero contar números, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7..., no quiero contar días que me quedan o días que me faltan, no quiero contar pétalos de margaritas que no crecen entre el hormigón de la cárcel, no quiero contar minutos, horas, días, meses, en espera de una respuesta o una explicación que nunca llega. La cárcel no se explica, en la cárcel no se explica.

No quiero contar el tiempo que se escapa cuando hablo o estoy con mi familia, y tampoco quiero contar el tiempo que se apelmaza tantas y tantas veces. “El tiempo es un valor absoluto” se aprende.

En la cárcel a las mujeres nos cuentan y nos recuentan en los recuentos pero no contamos. En la cárcel a las mujeres nos cuentan, nos enseñan “a ser mujer”, peor, aquí se sobrevive siendo mujer, a pesar de ser mujer, sin contar con la mujer.

A fuerza de no contar tanto, quiero contar el silencio atronador y aterrador de un grito de auxilio de las mujeres que en la cárcel queremos contar. Pero contar con letras mayúsculas, CONTAR. Queremos que cuenten con nosotras, nosotras con muchos problemas, pero también con muchas soluciones. Queremos contar desde nuestra minoría, aunque las minorías nunca cuentan.

Queremos CONTAR y no mendigar un espacio, queremos contar y no abrirnos camino a codazos, queremos contar con respeto para no ser sexualizadas desde el insulto, ninguneadas para todo y en todo.

Quiero contar, quiero gritar tantas cosas que el bolígrafo se queda sin voz, impotente sin conseguir romper este techo de hormigón que no deja que la mujer cuente.

Y aun y todo la mujer tiene qué contar y tiene que contar. Quiero contar, pero no quiero contar números, 8, 9, 10, 11, 12...





## TERCER PREMIO

**Risas y lágrimas con azúcar**

De Margarita M.P.

En la primavera de 1917 nace Valle en Écija, Sevilla, en el seno de una familia humilde. Encarnación y Juan, sus padres, un matrimonio sin más aspiraciones que levantarse cada día a las 5 de la mañana para hacerse cargo de su hermano Juanito, que cuenta con tan solo 2 años de edad, de ella, de las labores de la hacienda “La Oliva” y, cuando cuenta con 7 años, de la llegada de su hermano Luis, el menor de los hermanos.

Nacen y viven en la hacienda “La Oliva”, propiedad de doña María Teresa y don Jaime de Altamira, ambos descendientes de una de las familias más adineradas y pudientes de Badajoz, primos hermanos, un matrimonio convenido entre ambas familias. Los padres de Valle trabajan para los Altamira y allí crían a Valle junto a sus dos hermanos. En “La Oliva” se hacían los mejores aceites de TODA Andalucía que eran exportados por toda España. Encarnación se ocupaba de las labores de limpieza y de la cocina, elaboraba suculentos menús y deliciosos postres que eran admirados a menudo por los distinguidos invitados de doña María Teresa y don Jaime en “La Oliva”. Mientras tanto Antonio se encargaba cada día del trabajo en los olivos. Ambos apenas sabían leer ni escribir y su única aspiración era que Valle aprendiese las faenas domésticas y de la cocina para poder ayudar cuanto antes a su madre en “La Oliva” y, en cuanto a Juanito y a Luis, deberían muy pronto ayudar a su padre en el campo.

Valle crecía en un entorno moderadamente feliz con más apreturas que excesos pero sin grandes frustraciones. Acudía cada día a una rudimentaria escuela, allí aprendió a leer y escribir, la Tabla de multiplicar y los ríos de España. Después de las clases solía jugar por las tardes en la plaza de Santa Cruz, allí compartía juegos, risas y dulces meriendas con sus amigos, Manuela, José y Rafael. Compraban grandes algodones de azúcar y almendras garrapiñadas en el pueblo ambulante de don Jerónimo, que compartían apretujados en un banco de madera. En alguna ocasión parían apretujados en un banco de madera.

En alguna ocasión iban a la pastelería “El Ecijano”, regentada por la madre de Manuela, situada en una esquina de la plaza, allí eran invitados por ella a merendar

enormes yemas de un color amarillo reluciente y cubiertas de azúcar glas que parecía haber nevado en sus escaparates.

Cada sábado ayudaba a su madre en la cocina de “La Oliva”, contemplaba sin apenas ser vista a las señoras más refinadas y a sus maridos en las cenas y reuniones que se celebraban en el opulento salón de la hacienda.

Sus días transcurrían entre esos dos mundos, casi ajena a la incongruencia que entre ambos existía. Muy pronto su madre empezó a darse cuenta de la habilidad que tenía Valle con tan solo nueve años para la repostería. A sus 17 años recibía encargos de tortas, pasteles, galletas y todo tipo de dulces deliciosos para familias pudientes y aristócratas.

Ayudaba algunos días a Doña Manuela en “El Ecijano”, vestía sus escaparates con suculentas yemas, tartas, galletas, y en verano con deliciosos y coloridos helados.

Valle era feliz entre azúcar, colores, masas y harinas en su día a día. A finales de 1936, una tarde en “El Ecijano” entró un apuesto caballero, alto, grandes ojos azules, traje elegante, manos finas, uñas pulcras. Hablaba castellano con un acento extranjero que en ocasiones Valle apenas le entendía.

—Buenos días señorita, me llamo Tom Johnson y busco la hacienda “La Oliva”.

Valle le miró fijamente, se estremeció, quizás por la casualidad de que buscara la hacienda donde ella vivía, donde había nacido, crecido, donde vivían y trabajaban sus padres y donde habían crecido y nacido sus hermanos, o quizás le estremeció su profunda mirada, su elegancia, su maduro aspecto, no se parecía en nada a los muchachos con los que había crecido y lidiado hasta entonces. Valle le dio las indicaciones para llegar a “La Oliva” sin más detalles. Ese día al llegar a casa su madre le pidió ayuda en la cocina ya que acudiría esa noche a cenar un distinguido caballero inglés para negociar con Altamira la exportación de sus aceites a Inglaterra. Valle mostró nerviosismo por lo que acababa de decir su madre.

—¿Un caballero inglés?

—Sí, un tal... Mister Johnson.

Valle no respondió. Por algún motivo desconocido para ella en ese momento no le contó a su madre que esa tarde había conocido a Mister Johnson. A partir de esa noche iniciaron un romance que se intensificaba y fortalecía con el paso de los días. A final de año Tom vuelve a Inglaterra y tras su regreso a Écija le pide a Valle que se vaya con él a vivir a Madrid. Tras tres años de amor, de idas y venidas a Inglaterra acuerdan trasladarse a Madrid. En Abril de 1940 Valle les da a sus padres la noticia de que se marcha a Madrid a vivir con Tom.

En los últimos días antes de marcharse sus padres apenas le hablaban, habían tenido la esperanza de que en uno de sus viajes a Inglaterra no volvería y Valle lo olvidaría y conocería a algún buen muchacho de Écija.

Encarnación le repetía una y otra vez que sería una desgraciada, que era un hombre muy mayor para ella, que sus intenciones no eran buenas y que le haría derramar muchas lágrimas.

No podía escuchar los consejos de su madre, era tarde, estaba ciega y locamente enamorada. Valle pasó sus últimas tardes antes de marcharse a Madrid con su amiga Manuela, su amiga, su confidente y, aunque disgustada por la actitud de su madre, Valle estaba feliz. En la noche del 12 de Abril a las 12 de la noche salió a las calles de Écija en compañía de Manuela, al paso del Cristo del Silencio, descalza, con los pies encadenados, vestida con una larga túnica negra que le cubría todo su cuerpo y con su rostro tapado. Nadie podría saber quién iba debajo de esa túnica negra excepto Manuela y su adorado Cristo. A su paso sintió nostalgia de una vida, de una familia, de unos amigos, de una Écija que aún no había dejado. Rogó con todas sus fuerzas a su Cristo del Silencio que la salvase de todos los males de los que le había advertido su madre. El 2 de Mayo Valle llega a Madrid de la mano de Tom, pronto empezó a conocer otra forma de vida, a convivir con un hombre, a acudir a locales sofisticados, a sitios de moda, al Real Cinema, al teatro Fontalba, al cabaret del palacio de hielo, a vivir en un Madrid bullicioso. Tom le compraba las mejores cremas, joyas, perfumes, y Valle muy pronto empezó a lucir elegantes vestidos, sombreros, zapatos y bolsos de piel de las mejores firmas. Vivían en un lujoso piso situado en la calle Zarzuela donde se reunían con compatriotas de Tom que competían en carreras y sus mujeres en elegancia, donde pudo ver en algunas ocasiones a Alfonso XIII en el palco real y donde se respiraba un ambiente hostil en algunos círculos por el inminente nombramiento de Serrano Suñer como ministro de asuntos exteriores. Cada Domingo desayunaban en Embassy y daban largos paseos por el Retiro. Valle era inmensamente feliz en su nueva vida en Madrid. Una fría y lluviosa mañana de enero Tom amaneció con fiebre altas, tenía el cuerpo dolorido, había pasado la noche entera con tos y escalofríos. Valle llamó a Samuel Link, un médico compatriota y amigo de Tom residente en Madrid. Samuel le examinó, le recomendó reposo y algunos analgésicos. Tom tuvo una rápida recuperación y a la semana siguiente, como de costumbre, partió a Inglaterra. Regresó un mes más tarde notablemente más delgado, ojeroso y con una tos que le dejaba sin aire y con fiebre que iba y venía durante la noche. El 4 de Marzo Samuel le diagnostica una tuberculosis y prepara su hospitalización en el

hospital Gregorio Marañón. Dos días después confirman el diagnóstico, tuberculosis en estado avanzado.

Valle no se separó de Tom ni un momento, durante una semana estuvo a su lado día y noche. El domingo Tom amaneció con aspecto bastante mejorado, había cesado la fiebre y Valle aprovechó para ir a casa a recoger algunas cosas. Miró a Tom, suspiró con alivio, acarició su cara, besó sus manos y su frente, le besó en los labios y le dijo:

—Te quiero, volveré pronto.

Se marchó sin saber que esa sería la última vez que vería a Tom.

Mientras metía algunas cosas para Tom en un pequeño bolso, sonó el timbre, era Samuel.

—¿Samuel? ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar?

—Claro, pasa.

—Valle, se trata de Tom.

—¿De Tom? ¿Qué ocurre?

Samuel estaba serio, de pie sin poder mirar a Valle a los ojos.

—Valle, no tengo mucho tiempo. Siempre supe que antes o después tendrías que pasar por esto, pero nunca imaginé ni siquiera estar presente cuando ocurriera.

El corazón de Valle se aceleraba, empezar a sentir escalofríos, tuvo que sentarse.

—Lo siento, Valle. Tom tiene familia y van de camino al hospital, acaban de llegar de Inglaterra.

—¿Familia? ¿A quién te refieres?

—Esposa e hijos. Lo lamento, sé que Tom te ama y por eso no ha tenido el valor para decirte la verdad y ha estado entre España e Inglaterra durante estos años, porque no podía dejarte.

Sin más palabras Tom pasó una mano por su hombro y se marchó. Valle permaneció durante horas sentada con la mirada perdida, petrificada, sin poder reaccionar, con las palabras de Samuel retumbando en su cabeza. De pronto rompió a llorar desconsoladamente. Durante la noche preparó una maleta con tan solo sus cosas personales y las 5 de la mañana cogió un taxi a la estación de tren. A las 8:15 salía un tren para Sevilla. Cuando llegó, apenas había algún jornalero y algún empleado de la estación. Alrededor de las 7:00 empezaron a llegar algunas familias que viajaban a Sevilla. Apenas podía levantar la cabeza y contener las lágrimas. Pasó un tren, Valle observó la rapidez con que desapareció. Valle se puso en pie, se acercó lentamente a los raíles, pensó qué rápido acabaría si se pusiese delante de aquel tren. Sintió alivio

al pensarlo, al saber que en unos minutos su dolor habría acabado. En ese momento para ella ya era tarde para regresar, tarde para escuchar a su madre, era tarde pero había encontrado una solución y un alivio para su dolor. Minutos antes si hubiese estado delante de aquel tren ya todo habría acabado pero aún tendría que aguantar algunos minutos más de dolor. Se acercaba el siguiente tren. Valle comenzó a andar hacia los raíles. El ruido era cada vez más fuerte, su alivio aumentaba con el paso de los segundos. Miró al frente, vio a aquel niño con su cara llena de azúcar y una enorme yema en su mano. Sintió un fuerte estruendo en los tímpanos, su cuerpo se estremeció, silencio, paz, dejó de sentir, dejó de pensar.

13 de Abril de 1941, 12:00 de la noche, recorre las calles de Écija, en silencio, con sus pies descalzos, encadenados, tan solo se escucha el roce de las cadenas en la calzada. De la mano de José, olor a incienso, se siente salvada, viva, feliz.

En mi Écija, olor a aceitarse, olor a azúcar, olor a jazmín, mi gente, José, Rafael, Manuela, mi santísimo Cristo del Silencio o quizás por esa carita espolvoreada de azúcar que se puso delante de mí en aquel momento que quedará para siempre en secreto entre vosotros y yo.



## FINALISTA

**Carretera de Ayora**

De Fabiola G.C.

¡UF! Mis días son así:

Empiezan con un ¡uf! Ya estoy cansada. Todos los días la misma rutina, levantarme, lavarme la cara, los dientes. Bueno, me quedan pocos, aunque tengo compañeras que solo tienen dos muelas, a las que se me hace difícil entender cuando hablan, pero he aprendido a leerles los labios y afinar mis oídos, porque en un principio para mí parecían gallinas locas, pero ahora de nada me vale con el maldito virus, ya que no puedo verles los labios, con las dichosas, aunque benditas, mascarillas, y ya no apreciamos ni las sonrisas y me cuesta entenderlas mucho. Muere mucha gente, mayor, joven, niños, con toda una vida por delante... ¡Uf! y ya no están... y siempre que llamo a mi madre me pide que rece y que le pida a Dios por todo el mundo, y me recuerda que no es necesario rezar en una iglesia, que todos somos parte de Dios, el que está dentro de cada uno, y nos escucha esté donde esté.

Y así siguen pasando mis días... ¡Uf!, sin poder apreciar las sonrisas de mis compañeras, solo las miradas, esas miradas perdidas, tristes, con el pensamiento a saber dónde y otro ¡uf!

Pensar que ya llega el fin de semana y es más largo que la carretera a Madrid, contando que yo vivo en Albacete. En la carretera de Ayora, km 72, módulo 8, mujeres, puerta 1. Sí, ahí, donde todo el mundo que viene dice, “si vas a Albacete caga y vete”, porque a la cárcel te meten, y es aquí donde estoy, y se me pasan los días, y con su paso es más probable que llegue el educador, tan alto, tan fuerte, con un cacho de libreta entre las manos que le cubre todo el pecho, y su mascarilla blanca, siempre con alguna novedad, buena o mala. Hombre, más buenas que malas. Ahora nos viene con la noticia de que tenemos que participar en un taller de escritura, “Mujeres que cuentan” y lo hace con esa mirada tan penetrante, que cualquiera se niega, a veces no sé que es lo que piensa. Yo decidí no hablar de mis antepasados porque tendría que retroceder cien años atrás. ¡Qué complicado ahora, uf! Solo sé que soy descendiente de un chino y por eso llevo apellido Chao, es gracioso lo sé. Pero más gracioso es cuando despierto y veo

mi reloj y el tiempo no pasa. ¿Se ha parado la hora? No lo tengo claro, mis días y mis noches son eternos o será que se le acabó la pila... a mi Casio..., sí, ese típico reloj que nunca se rompe y va conmigo minuto a minuto. Espero irme pronto y se lo dejaré a mi compañera, para que pueda afrontar las noches de insomnio, los días de rabia, de impotencia y un poco traumáticos.

Ahora recuerdo ese 28 de Abril de 2017. A mi familia se le vino el mundo encima y a mí se me paró el tiempo. Hay cosas que no podemos cambiar. Por mucho que lo intentemos hay que aceptarlas. Me he perdido muchas cosas bonitas de mi familia, de mis hijos, que es lo que más amo en esta vida. Pero con el tiempo llegaron los permisos de salida y aquí estoy otra vez. He vuelto para disfrutar de ellos y doy gracias a la vida por todo lo bello que me regala aunque sea a regañadientes y siempre cobrando peaje. He aprendido muchas cosas, una de ellas, a pedir perdón y a decir a mis seres queridos: TE QUIERO, y que el tiempo NUNCA se detiene.

“Deciros que el tiempo que paso con vosotros, es un pequeño obsequio y espero que lo recordéis siempre, porque lo que es a mí, se me hunde en el alma, aquí donde el recuerdo se aloja y vive alegrando mis días y mis horas”.

Los amo.

Querida amiga lectora, espero no haberte aburrido con estas cuantas líneas que escribo y que he querido compartir contigo... y tal vez algún día contaré mi vida de forma detallada y quizás estés ahí para leerla. Un abrazo, estés donde estés.



## FINALISTA

### **Repíete conmigo**

De M<sup>a</sup> Ángeles S.C.

Repíete conmigo: Voy a luchar hasta el fin, sin pensar en lo que pueda pasar. Solo con la mente dispuesta a hacer que el corazón sea feliz.

Saltar a la piscina, por muy alto que esté el trampolín. Voy a afrontar la vida con buenos ojos y no detenerme ante el primer desliz.

Repíete conmigo: sudar, llorar y sangrar si hace falta, caer, dolor, nunca creer en aquel que dijo poder volar solo y únicamente por creer en las hadas. Porque la vida no es un juego de mesa, no es una partida en la que poder quedar en tablas, es más bien una carrera hacia la meta a la que solo se puede llegar esquivando balas como nosotros.

Los problemas caerán como las bombas y en el camino habrá más piedras que alfombras. Por ello, para encajar una torta, siempre habrá dos formas: en una, tiras la toalla, en otra demuestras que con poco tú no te conformas. La elección que tomas definirá tu destino. Al final del túnel, puedes encontrar tu premio o tu enésimo castigo.

Ahora para, coge aire, y que vuelva a sonar la música. Total, a esta vida hemos venido a bailar. Así es que ¿por qué no reír hasta el final? Pero nunca dejes de mirar hacia delante.

Dicen que vidas solo hay una, así que haz que la tuya sea única.



## FINALISTA

**A los queridos abuelos**

De Vanesa Yanet R.A.

Queridos lectores, quiero dedicar este relato a todos los abuelos del mundo, en especial a los míos; porque en tiempos de covid hemos perdido a muchos, olvidados y en soledad.

A mi querido tata...

Crecí escuchando sus historias:

Nació en Uruguay como la gran mayoría, hijo de inmigrantes, el primogénito varón de tres hermanos.

Vivió en un casa muy precaria de cemento y techo liviano.

Me contaba que en los días y noches muy lluviosas, cuando el agua no tenía piedad y destruía todo a su paso, tenían que salir de sus camas calientes para ayudar a su madre a sacar el agua, para evitar que mojara y arruinara las camas, colchones y mantas. Por eso decía:

—Querida nieta, valora el techo, la comida y la cama caliente.

Por ser el mayor hijo varón fue obligado, por la situación a dejar sus estudios y trabajar desde pequeño.

Su primer trabajo fue vendiendo refrescos en las playas de Montevideo y en el estadio “Centenario” cuando se jugaba partido.

Ahorra cada centavo, por eso me enseñó que *el que guarda siempre tiene*.

El trabajo fue su escuela, aprendió a hacer las cuentas en el aire, no le hacía falta calculadora (en ese tiempo no existían).

Pasaron años, hasta que por suerte conoció a un buen hombre que lo recomendó para que entrara en el puerto a descargar barcos, que venían de todas partes del mundo, porque Uruguay siempre fue uno de los puertos más seguros.

Le encantaba su trabajo pero era muy agotador.

Se levantaba a las 4 de la mañana para irse caminando y ahorrar el dinero del tranvía, volvía tarde pero siempre con la leche y el pan para sus hermanas y madre.

Una noche estrellada, cuando venía muy agotado, la vio, iluminada por los focos, y le pareció un ángel vestida de blanco en la oscuridad.

Para que entiendan, mi abuela trabajó desde muy pequeña limpiando en casa de gente importante como la escritora Juana de Ibarbourou, con la diferencia de que siguió estudiando y llegó a ser enfermera (siempre le gustó ayudar a los demás, le dicen vocación de servicio).

Se vieron esa noche y él se enamoró a primera vista.

Mi abuelo intentó hablarle, pero ella siguió de largo.

Entonces él contaba con mucha ilusión que cada noche, a la misma hora en el mismo lugar, la esperaba, pero ella era un hueso duro de roer. Hasta que una noche de tormenta ella no llevaba paraguas y él sí. No sé si fue el destino, la alineación de los astros o simplemente pura casualidad, pero mi abuela le dio una oportunidad y le doy gracias a todo lo que se conjugó en ese momento, porque si no yo no hubiera existido.

Pasaron muchas necesidades, vivieron en casa de una tía muy pobre. Juntaron cada centavo y tuvieron dos hijos, mi padre y mi tía.

Lucharon para comprarse la casa.

Mi papá, con 17 años, se enamoró de mi madre, que era una joven de buena familia con 15 años. Decidieron, con la aprobación de la familia, casarse.

Pasó el tiempo y nacieron mis hermanas y después yo, la más chica y mal enseñada de las tres.

A mi abuelo le encantaban los caballos y las carreras, iba al hipódromo de Maroñas todos los domingos. Un día me dijo con 10 años:

—Nieta, hoy vamos a Maroñas.

De camino leo el horóscopo que me decía que mi número de la suerte era el 2.

Me fascinó el lugar, todo era muy elegante, la gente súper elegante y nosotros no nos quedamos atrás en la elegancia.

Llegamos a la taquilla de apuestas y me dice:

—Hoy vas a elegir el caballo que más te guste y, si ganas, ahorras el dinero.

Y así fue. Y como me decía el horóscopo jugué todo al caballo número 2, aunque no era favorito. Las probabilidades eran muy escasas, emoción, la adrenalina, la gente alentando a su caballo El mío iba quinto, pero en la recta final adelantó y, como dice Carlos Gardel, ganó “por una cabeza”. Lo llamaron suerte de principiante. Ese día no aprendí a apostar, aprendí a ahorrar porque así era él, cada ocasión, una moraleja.

Fui muy feliz criada por mis abuelos.

Cuando quedé embarazada tuve que mantener reposo todo el embarazo y mi abuela me cuidó y, gracias a ella, mi hijo nació sano y salvo. El tiempo pasó, mis abuelos me ayudaron a criar a mis 3 hijos.

Fuimos una familia muy unida con valores y, sobre todas las cosas, mucho amor.

Al cabo de un tiempo perdimos al abuelo. Fue muy difícil para todos. Él se fue dejando un gran hueco en nuestras vidas porque era el que mantenía a la familia unida y fue muy duro para todos.

Él vive en nuestros corazones.

Dos años después, como fueron sus últimos deseos, fuimos al puerto de Montevideo adonde él tanto quería y esparcimos sus cenizas en el mar mirando hacia el cielo. No pude explicar lo que sentí en ese momento, pero lo que sé es que su cuerpo no estaba con nosotros pero su alma sí y, como quien siente una caricia, me rozó el viento y una lágrima cayó sobre mi rostro sin querer.

Ese día tuve la necesidad desde el alma, como una voz que me decía que tenía que ir a Maroñas y ver a los caballos. Era domingo, había carreras, así que apronté mis cosas y fui, sola, pero llevando siempre ese recuerdo latente en mi corazón. Me sentí una niña devuelta. Me acerqué hacia la ventanilla y no sabía qué hacer con \$100 en el bolsillo y con la misma emoción de antes. Miré hacia el tablero y en el número 2 estaba un caballo que se llamaba “Porteño”. No era favorito y, como hacía años, las probabilidades eran muy escasas, pero eran todas señales. “Porteño”, de puerto, tenía que ser él, así que le jugué todo a ganador, hasta el dinero del boleto de vuelta y confié en mi suerte de principiante que no podía fallar.

Bueno, fui a la pista y lo vi. Era el animal más hermoso que se puedan imaginar. Su pelaje brillaba al sol y me miró con una mirada tierna que me enamoró. El jockey era verde como la esperanza. Levantan gateras y salen los caballos súper rápido, levantando el polvo. Parecía magia. Me emocioné mucho.

Vamos, “Porteño”, tú puedes. En la recta final, y como si todo fuera un sueño, gané. Y cobro mucho dinero. No sé si fue por el dinero o por la emoción y nostalgia, muchas emociones juntas ese día, pero les puedo asegurar que él estaba ahí conmigo. Miré al cielo dando las gracias no por el dinero sino por los momentos tan hermosos que me ha regalado, porque ellos son nuestras raíces, nuestros antepasados, parte importante de nuestras vidas, porque nos enseñan a correr antes de andar, porque son libros abiertos, historias vivientes, y mientras que sus enseñanzas y su leyenda sigan vivas, ellos también lo están. Nunca olvidemos que ellos estuvieron siempre ahí.

Así que en estos momentos de pandemia en los que los abuelos fueron los más castigados, un homenaje a estos héroes con bastón, porque, ¿saben algo?, LOS ABUELOS DEBERÍAN SER ETERNOS.

## FINALISTA

**Todas las mujeres cuentan**

De Pilar Rocío E.Y.

Soy una mujer que piensa, que sufre, que no baja la cabeza, que cumple con algunas frases hechas “Más vale arrepentirse de haber pecado que de no haberlo hecho”. De ahí la transgresión de una niña asustada viviendo una infancia en un rincón oscuro, moviéndose invisible en una familia bastante numerosa. Todos altos, grandes como árboles gritones en un bosque quemado, lleno de trampas, dramas, negligencias, pérdidas, muchas pérdidas. Cuando murió mi abuela, la mamá Pepa, mi única sonrisa, tuve que aprender a vivir con mi sombra, mis letras y mi soledad. ¡Qué puñetera Gran Familia!

Infancia en el olvido, pubertad defectuosa, demasiado confiada. Ocurrieron cosas por salir a buscar algo más de lo que mi familia ensimismada me ofrecía, como una guerra sin armas. Pues bien, ocurrieron cosas que nunca le conté a nadie y nunca lo haré, porque después de mil batallas aún no he ganado la guerra y mis demonios son míos.

Y volvemos a esa palabra enorme, transgresión. Rodeada de miles de opciones, con dolor pero sin miedo, me dice: “*Jamás seré una línea gris*”.

“*DA OTRO PASO*”, me gritaban y me siguen gritando los Dioses.

Hay mujeres que cuentan. Otras no cuentan. No quieren, no pueden, no saben. Hay mujeres que cuentan historias, chismes, cuentos a sus hijos, a sus nietos. Hay mujeres que solo pasan los dedos por sus rosarios, contando, rezando. Otras mujeres en silencio absoluto cuentan los golpes y las heridas, que aún no se han curado cuando salen otras nuevas, como los colores del jardín del dolor que sobrellevan en su blanca piel. Luego están las mujeres que se evaden de la realidad: unas van al bingo y otras prefieren contar líneas. Yo lo sé. Y eso cuenta, cuenta mucho, mientras nuestro interior se va minando de algo sin nombre que ahoga y te dejas llevar. Algunas, aunque se dejen la piel por el camino y escarben con dentelladas secas y uñas ensangrentadas, salen de sus prematuras tumbas, ven el sol, hay más caminos, dan otro paso, en otra dirección. Hay mujeres tan asombradas que solo hablan con los ojos, que cuando escuchan los zapatazos de ese hombre aterrador subiendo las escaleras, acuestan a los niños corriendo, hasta ellos saben lo que se acerca y no rechistan. El más pequeño se hace pis en el pijama por un

miedo que no termina de entender. Ella solo dice hola y le pone la cena, contó, contó esa mañana las lentejas negras del puchero. Si dijera lo que piensa, ¡ay Dios!

Como ven, mujeres que cuentan y aun sin contar, cuentan, cuenta cada golpe. “*Por Dios, que no te vea Juan, piensa en el niño*”, pero Juan no contó las copas que se tomó o por qué no hay dinero en casa. “*Atrévete*”, le dice la amiga, pero a dónde va, si está sola en el mundo. Esta mujer ha dejado de contar, solo intenta sobrevivir en su doliente mundo de mangas largas y moratones.

Ya no asustan ni los fantasmas, y las calles no se hermanan, van llenas de pánico y tedio, que se vuelve apatía. Después de eso son solo pensamientos de huir de este mundo, de morir. Y es que no quieren morir, solo dejar de sufrir y vivir en calma y sonreír. Tantas veces morimos por dentro. Yo morí por primera vez con 13 años, la segunda y más incomprensible y dolorosa fue mi muerte de los 15 años. Pero el drama de mi vida, quizá lo cuente otro día.

Un momento es todo un mundo y me han robado muchos momentos por estar aquí presa en este centro penitenciario. Desde hace seis años cada día me levanto a las ocho y veo el muro, ese muro coronado de espinas como un dios muerto imperturbable. A media noche despierta el sol, el foco anaranjado que nos recuerda dónde estamos. Aunque ya lo intuía, hoy día sé con la certeza de mi pecho abierto, corazón que late proscrito, atrincherados, ignorantes de las verdades o mentiras de aquellos que nos representan, pero comen y duermen mejor que este pueblo. Hoy sé que ahí afuera de estos muros hay tanta gente presa de sus vidas, sus temores, sus adicciones, sin ni siquiera intentarlo. Pero, ¿qué es lo peor que te puede pasar? Somos energía, la muerte es una salida fácil. He visto chicas cortarse, rajarse los brazos no con afán de suicidio, solo para dejar de sentir el dolor interior, solo para ver si siguen vivas.

Aunque parezca mentira aquí he sido fuerte, he llorado un océano, me he enfrentado a las preguntas que no queremos admitir. He atravesado desiertos de clavos, me puse a pensar quién soy, a dónde quiero llegar. Superando inconmensurables obstáculos. Hoy estoy armada, llevo mi libertad por bandera. No es fácil pasar por todo esto si no te coges como a un clavo ardiente a tus valores. A todo aquello que ni se compra ni se vende. O es congénito, o sea naces con ello en tu ser, o hay que ganárselo, la generosidad, la humildad, el valor, el cariño, la integridad. Ser dueña de ti. Poder luchar, ahora sí, con tu dignidad y siempre abierta al amor a la vida en toda su extensión. Espero salir pronto, tengo mucho que hacer. Esta mujer que está en prisión te cuenta que por fin soy libre, solo me falta que cualquier día me abran las puertas.



## FINALISTA

**No somos cosas**

De Tamiris Rosa L.

Desde niña me encantaba dibujar. Yo tenía un sueño de ser estilista y dibujar ropitas para mis muñecas y después cosía con una máquina de costura que mi abuela me regaló por Navidad y ella me enseñó a coser, ella, que me enseñó todo en mi vida.

Yo tuve hasta los 13 años una familia normal. Mi madre y padre trabajaban y mi abuela me crió toda la vida. Acostumbrábamos a visitar al hermano de mi abuela y a su familia todos los fines de semana y él tenía una gráfica debajo de la casa donde trabajó toda la vida haciendo impresiones para empresas. Él me daba cuadernos de restos de hojas para yo dibujar y con esa excusa él me llamaba para ir la gráfica con él mientras estaban todos arriba en la casa charlando, y así me abusaba sexualmente. Yo tenía 6 años, él 60 años. Él me decía que era nuestro secreto y que yo no podría hablar para nadie, pero dentro de mí sabía que algo no estaba bien. Y me fui alejando de él y con miedo de estar sola con él, hasta que él paro. Este trauma fue mi primera experiencia con el abuso de los hombres en relación a las mujeres, no solo mujer, una niña, que es costumbre de violadores ir por los débiles e indefensos también. La primera vez en mi vida que me trataban como una ‘cosa’ a la que se puede hacer lo que le da la gana sin pensar en cómo puede cambiar una persona el resto de su vida. Yo nunca hablé para nadie, yo no quería que mi abuela tuviese este disgusto. Ella amaba mucho al hermano, ya que había perdido a muchos familiares en el recorrer de la vida. Mis padres se separaron cuando yo tenía 14 años. Yo opté en quedarme con mi padre y mi abuela, mientras mi madre se fue con el nuevo marido y mis hermanas menores.

Yo nunca fui la típica niña que se culpaba por la separación de los padres. Yo culpaba a mi madre por enamorarse de otra persona.

No la entendía, mi padre era el mejor padre y marido. Él sufrió mucho, pero pronto también encontró a una nueva mujer, y creo que en la busca de la felicidad de él se olvidó de mí. Pero todavía tenía a mi abuela, que mucho más me mimaba que echaba la bronca.

A los 15 me embarqué de un chico del que me enamoré, con una familia que hasta entonces me quería mucho y ellos estaban unidos, al contrario de la mía. Mi padre no concordaba con la relación y la veía mala, me echó de casa y me fui a vivir con ellos. Mi abuela nunca confrontaba a mi padre así que siempre estaba pendiente de mí, visitándome y apoyándome. Pero ¡ojalá yo hubiera escuchado a mi padre! Mientras yo estaba embarazada él se fue con otra y yo me quedé en manos de su familia, que empezó a tratarme como esclava. Él volvió poco antes del niño nacer, obligado por su madre que estaba obsesionada con el futuro nieto. Se notaba que él no me quería, y que lo hacía forzado por su madre. Y me dejaba claro no quererme pegándome palizas a diario, mientras la familia veía y se callaba.

Yo enamorada, mi primer amor, no me permitía ver lo que pasaba. Él nunca registró a mi hijo y también embarazó a otra chica, víctima de un niño sin el nombre del padre, tal como hizo conmigo. Cuando yo dormía él me violaba y decía que era lo mínimo que yo tenía que hacer, satisfacerle a él, ya que no rehusaba acostarme con él. En una de estas violaciones él me rompió dos dientes, y esta fue mi segunda experiencia con el abuso, el machismo y otro hombre usando a una mujer como le da la gana. Gracias a Dios mi padre se enteró de lo que pasaba y me tiró de la casa donde la familia consentía todo.

Yo después de eso no me permití más sufrir.

Viví una vida muy intensa, con drogas, alcohol, sexo sin sentido y entre muchas malas decisiones, ahora ya hace casi un año y cuatro meses que estoy en la cárcel. Puede decirse que yo también estudié, trabajé y seguí con mi vida sin mirar a lo pasado. Ayudé a muchas chicas con mi historia de ejemplo, para aquellas que estaban en una situación parecida o peor. Yo y otras chicas que encuentro en la vida que habían superado abusos, sean psicológicos o físicos.

Siempre fui muy inteligente. Mi madre me obligaba a tener las mejores notas cuando yo era niña. Pero no logré mi sueño de ser estilista y me empeñé en trabajar en fiestas, tanto en el bar como en la producción.

Tras tantas peleas con mi padre a los 21 años yo me fui de casa. Mi familia se quedó con mi hijo, pero yo siempre estuve cerca. Todas las semanas estaba una o dos, o más veces, en la casa de mi padre y abuela. Para estar con ellos y, claro, con mi hijo. Con mi trabajo por la noche era mejor que él se quedase con ellos, al menos era lo que yo pensaba ser mejor para él.

Al mismo tiempo que yo me veía como una chica perturbada por el pasado, nunca me victimicé. Las personas se encontraban con mis historias y mi manera chula

de llevar la vida. Yo nunca más pensé en amar a nadie. Me limité a las relaciones cortas en las fiestas que se resumían en sexo. Y cuando algo iba más en serio yo llevaba solo para tener a alguien conmigo. Yo era terrible en relaciones y creo que hice a mucha gente sufrir (lo tengo por seguro en realidad). Pero cuando tenía 26 años, yo conocí a mi marido. Me fui de copas a un bar donde él era jefe de cocina, y puede decirse que fue un flechazo a la segunda vista, ya que yo estaba un poco colocada para fijarme en él, pero él se fijó en mí y en la misma noche intentó de todo para conocerme. Al principio teníamos una relación abierta ya que yo era libre y tenía miedo de involucrarme, pero él no estaba a gusto con esa situación. Me quería solo para él (Es así cuando queremos a alguien, ¿no?). Y yo con el tiempo fui cambiando y queriendo ser monogámica, porque lo quería solo a él también. Me enamoré de nuevo y sigo enamorada porque encontré un hombre que nunca me gritó, nunca me pegó, me hace reír todo tiempo y (tal vez demasiado) concuerda con mis locuras. En una de estas, tuvimos la ‘estupenda’ idea de ser ‘mula’ de cocaína para construir una casa y salir del alquiler. Pero viviendo juntos y ganando bien, él en la cocina que la dominaba y yo en mis fiestas. Las ganancias nos llevaron a hacer ciertos ‘trabajos paralelos’ a los nuestros y aquí estamos. Lejos de nuestra familia, amigos y libertad.

Ahora estamos en un momento en que el mundo ya hace casi un año fue brutalmente afectado por una pandemia. Y veo siempre en las noticias el aumento de la violencia de género mientras los confinamientos. Aparte de estar en prisión y ver tanto de discriminación, machismo y sexismo, tanto dentro de la cárcel como afuera. Estamos en una cárcel mixta donde hay esta ‘separación de la capacidad’ de la mujer.

Me explico: hay más cursos y trabajos para hombres, y ellos ganan bien, más que las mujeres. Y tal vez por falta de información, tal vez por la costumbre de siglos de la cultura del machismo, hay muchas chicas que son ‘machistas’ y así como yo, tienen un pasado donde sufrían malos tratos, abusos y violencias de género. Pero son fuertes para cometer delitos (muchas veces para otros hombres) y flacas para enterarse de lo que les pasa. Desconocen el feminismo y tienen actitudes machistas sin darse cuenta. ¿Cuántos años hace que nos limitan a ser máquinas de sexo y reproductoras? ¿A solo cuidar de la casa y a veces no estudiar más que para criar a los hijos? ¿Hasta cuándo la sociedad, y digo eso con seguridad ya que conocí a muchas mujeres y culturas, van a reducir nuestros derechos y libertad de expresar? ¿Hasta cuándo nos vamos a permitir llevar palizas y ser abusadas y tratadas como cosas?

Este relato es mi resumen de mi historia de vida y de mi caso de frente con el machismo. Acuérdense de que soy extranjera y perdónenme mis errores ortográficos y

mi manera incorrecta de expresarme. Infelizmente aún vivimos en un mundo machista, aún tenemos mucho que luchar para tener derechos y cambiar el mundo. Todavía es utopía ya que aún somos tratadas como cosas.

## FINALISTA

### Una historia por contar

De Mónica G.M.

Día 26 de octubre, mi cumpleaños. Llevo cuatro meses aquí, intentando apartar la tristeza que hay en mí, intentando cada día hacerme más fuerte, Y es ahora cuando creo que ha llegado el momento de tomar las riendas de mi vida y luchar por lo que debe convertirse en mi mejor proyecto “volver a ser yo”. Es por ello que hoy mi regalo es comenzar a escribir en tus hojas mis sueños, ilusiones, mi verdad, retomando mis proyectos y mi vida con fuerza.

De repente me he dado cuenta de que siempre, durante este tiempo de “obligado letargo” (o retiro) mi cabeza se lamentaba con pensamientos de pérdida. Pero eso era porque no me daba cuenta de que podía adquirir el coraje suficiente para creer en mí y en lo que era. En lo que soy.

No quiero que la sensación de melancolía y tristeza me vuelva a abordar recordándome cada noche lo que pudo haber sido y no fue. Vuelvo a trabajar duro y a crear lo que dejé a medias, “mis tres niñas” (marcas comerciales) que protagonizaron mi vida el año pasado, los momentos más felices y de realización personas jamás anteriormente vividos. Meses de creatividad máxima que me llenaron de la satisfacción que nunca antes experimenté.

Comienza mi historia...

Me llamo Martina Salfer y hoy cumpla 47 años. Estoy presa desde hace cuatro meses y mi vida sigue sin avanzar. Mi ropa aún sin llegar y lo que fuera mi casa y mis negocios en un limbo de incógnitas. Tengo prisión preventiva, pero cada día es un reto difícil de superar. Tuve una infancia feliz en el seno de una familia acomodada. Siempre fui rebelde. Mi hermano mayor, Philip, era y es una persona responsable y clásica; y yo siempre fui aventurera, alocada, aunque con los pies en la tierra. Esta personalidad me hizo irme del hogar familiar, muy joven. Con 18 años me marché a estudiar a otra ciudad y tras unos años me independicé económicamente. Pasé por muchos trabajos y algunos negocios, pero como contaba antes era ahora cuando había logrado alcanzar

estabilidad y comenzaba a decantarme por mi parte creativa, eso lograba hacerme feliz. Fue entonces cuando me detuvieron por presunta estafa.

Mi vida se derrumbó en aquel momento, como las Torres Gemelas. Un 24 de junio las puertas de esta prisión se cerraban a mis espaldas ensordecíendome con su fuerte sonido. Tras ello, una sola llamada de dos minutos se convertía en “mi premio de consolación”. “No te preocupes te voy a sacar de ahí. No estás sola. Te quiero”. Nunca voy a olvidar esas palabras, ni dejaré de agradecerlas.

Gracias al esfuerzo de quien me quiere pude cambiar de abogado. Un profesional muy conocido del país que maneja bien los medios, los cuales días antes me habían dilapidado. Sola ante la adversidad y el dolor. Sola sin nadie a quien poder abrazar, así me sentía yo.

Una, en estas cuatro paredes, tiene mucho tiempo para pensar. Meditar sobre la cruel y cruda realidad que la asedia día a día. Y es entonces, cuando sin poder evitarlo, una hace balance de lo que ha vivido y actuado, de sus decisiones, errores y de sus sentimientos. Por más que me esforzaba, mi balance no cuadraba, era inocente. Sí, culpable de haber creído en terceros con los cuales nunca debí hacer negocios, menos firmar acuerdos y alianzas. Tras ello, la misma conclusión rondaba mi cabeza. ¿Era merecedora de tanta traición realmente? Mi respuesta era y es: NO. Nunca hice nada sabiendo que podía suponer una estafa y más a las personas que yo quiero (aquí espero poder utilizar el pasado alguna vez). Es curioso que al escribir estas líneas no pueda usar a veces tiempo pasado y es que me niego a creer lo que me ha sucedido.

No sé qué esperar ahora. He dedicado mi vida a trabajar duro, a cuidar de los que me rodeaban y ahora me da miedo lo que pueda pasar.

Siempre fui muy optimista, yo creo que demasiado. Cada día me prometo a mí misma sacar fuerzas y pelear por mi inocencia. Soy de las personas que piensan que a veces hay que bajar de la torre y no esperar a que te rescaten. Tras horas, días, meses, he decidido hablar. Si yo estoy aquí, los que se han escondido, decidiendo no dar la cara por mí, tendrán que llevar su merecido. Debo ser valiente y lo más importante, convertirme en la mejor de las estrategias. ¿Lo lograré? Aunque difícil tarea, quizás contaros mi historia me ayudará a “matar los dragones” que nunca me debieron acechar. Y qué mejor día para comenzar que uno de los más tristes de mi vida y de “obligada reflexión”: mi primer cumpleaños privada de libertad.

## FINALISTA

**Impotencia**De M<sup>a</sup> Luisa L.V.

Noviembre pasa. Los días pasan.

Grito, grito mucho, grito tanto que mi corazón se pone a ritmo de galope. Le grito tanto y de una forma tan brutal que hasta ella misma se calla. Ella, el monstruo del desprecio.

Yo me asusto profundamente; nunca había gritado de tal manera y menos aún a una persona a medio metro de distancia. Pero no, no le he gritado a ella, realmente ni he abierto la boca (debe de ser un sueño). La verdad es que yo apenas grito; bueno, no he gritado en mi vida.

No puedo soportarla más y ella, tan a su aire siempre, ni se inmuta. Se entera, claro que se entera, pero para ella cualquier sufrimiento de los demás es nada, le importa un rábano. Solo es ella. Ella. ¡Qué horror!

No sé actuar; no sé qué hacer. Quisiera ser capaz de vociferar, sacar los pies del plato por completo, perder los estribos..., pero no hago absolutamente nada de eso.

Siempre está ahí, con una sonrisa siniestra que parece que se avecina conflicto, con un gesto único de amistad que pretende disimular todo el horror que va a salir por esa boca. Toda la ira que se espolvoreará como harina a través de esos odiosos y grotescos gestos de burla y desprecio; de esas maneras vigorosas movidas por la ira y el rencor. Esa cara... ¡Dios mío! ¡Qué miedo! El rostro rojo y febril con esa protuberancia vertical y violácea tan amenazante en el centro de la frente que corresponde a una vena hinchada desde la raíz del cuero cabelludo hasta el entrecejo.

Al recordar esa cara incluso tiemblo. Una náusea me invade y tengo ganas de vomitar ¡Qué asco! ¡Qué miedo! ¡Qué profunda angustia! Y ahora callo. Callo temerosa de decir lo más mínimo que le pueda llevar la contraria o alterarla más, algo que la lleve a hacer más daño.

Es impresionante el dolor que puede causar un persona aparentemente normal pero siempre desagradable al mínimo trato; siempre iracunda, celosa, recriminatoria,

ese ser que habla vociferando imponiendo su discurso; esa persona ante la que la gente calla por mil razones pero nunca por respeto.

No sé actuar. No sé qué hacer. A veces creo y me digo a mí misma que lo voy controlando, pero en el fondo sé que de eso no hay nada. Que solo sufro. Que cualquier amanecer con luz y sonrisa se transforma, a causa de ella, en tinieblas, miseria, turbulencia de sentimientos... ¡Ella! Ella. Ella. Ella... ¡Qué asco le tengo! Me obsesiona. Saca a flote un tipo de emociones que mi propia verdad había olvidado que podía sentir. Sus gritos, cada día sus gritos. Todo empieza con su griterío y acaba con él. No soy capaz de decir nada. Tensión, angustia y mi silencio... Calla, me digo a mí misma. Calla, que no puedes contra ella, contra su violencia, su agresividad, su rabia y la ira de tantos y tantos años. Todo esto, pobre de mí, cae.

Noviembre pasa, los días pasan y yo no soy capaz de reaccionar.







**I Premio de Relato Mujeres Que Cuentan**  
 Jurado: Inés Fernández-Ordóñez, Espido Freire y Javier Moro



**II Premio de Relato Mujeres Que Cuentan**  
 Jurado: Soledad Puértolas, Care Santos y Ángeles Caso



**III Premio de Relato Mujeres Que Cuentan**  
 Jurado: Rosa Navarro Durán, Ángela Vallvey y Espido Freire

Este libro recoge relatos escritos por mujeres privadas de libertad. Son los relatos ganadores y finalistas de las tres primeras ediciones del Premio de Relato Mujeres que Cuentan, otorgado por la Fundación Fomento Hispania y la Confraternidad Carcelaria de España (CONCAES) en colaboración con la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias.

Quienes dotan de visibilidad y de prestigio al Premio son los miembros de sus jurados. Les estamos enormemente agradecidos pues se han unido a la causa apoyando el proyecto figuras de la talla de Espido Freire, Javier Moro e Inés Fernández-Ordóñez en la primera edición, Soledad Puértolas, Care Santos y Ángeles Caso en la segunda, y Rosa Navarro Durán, Espido Freire y Ángela Vallvey en la tercera.

Este premio nace con un doble objetivo, de una parte, formar e impulsar la cultura y la creatividad literaria entre las mujeres que cumplen penas privativas de libertad, otorgándoles un papel protagonista en el marco del poder de la palabra escrita, dándoles voz para que la sociedad conozca su realidad. Y de otra, dar la oportunidad a estas mujeres de beneficiarse del efecto transformador y terapéutico de la escritura. En nuestro país las mujeres reclusas representan alrededor del 7% de las personas encarceladas, frente al 93% de los hombres. La realidad de estas mujeres es que generalmente sufren una doble penalización y estigmatización por considerarse que no cumplen los roles de género que les son atribuidos por la sociedad, roles de madres, esposas, cuidadoras.

Ojalá, lector/a, que estos relatos sirvan para acercarte a la realidad femenina reclusa y hacerte participe de las inquietudes, pasiones, heridas y esperanzas de estas mujeres que, a través de sus escritos, han querido compartirnos su interior, sincera y generosamente.



Palacio del Cordón. Plaza del Cordón 1, bj izq.  
Madrid 28005 - Tel. 91 541 93 64